timientos de piedad de que alardean muchos contemporáneos.

Hay también quien da vivas señales de dolor intenso, y en su interior se encuentra sin novedad.

—¿Viene usted á visitar la tumba de Eloisa? le pregunta un pariente lejano, tan lejano... que se pierde de vista, tocándole discretamente en un hombro.

—¡Ah! ¿es usted? exclama el otro, conmovido; dispense usted, no había reparado... ¡pobre Eloisa! ¡ayer hizo un año! créame usted, ¡estoy inconsolable *todavía!*

—Hay que acatar los fallos del destino y resignarse.

—¡Ay de mí!



—No le queda á usted más remedio.

—¡Infeliz Eloisa!

—¿Era muy buena, verdad?

—¡Mucho! Jamás hubo rencillas ni cuestiones entre nosotros... ¡si no parecíamos casados!

—Cuando supe su muerte por los periódicos, lo sentí infinito.

—Pero no fué usted á verme.

—Es que estaba con tercianas.

—Dispense usted.

—¡Ah, querido amigo! ha perdido usted una alhaja.

—¡No me lo diga usted! ¡no revuelva el puñal del recuerdo en la enconada herida de mi amor! ¡todavía mana lágrimas!... ¿quiere usted una pastilla de menta?

—Gracias... ¡Bonita corona! supongo que la destina usted á la tumba de Eloisa...

—¡Para quién ha de ser, sino para ella!

—Ha tenido usted muy buen gusto.

—Yo no, sino mi mujer.

—¿Su mujer?

—¡Cómo! ¿no sabe usted que me he vuelto á casar?

Delante de otra tumba permanece con la frente inclinada sobre el agitado pecho, como blanco lirio tronchado por el vendaval, una hermosísima enlutada de formas esculturales. Parece la estatua del dolor... con traje á la moderna.

Cerca de ella se ve una señora de más edad, en cuyos ojos y en cuyos gestos se nota marcada expresión de impaciencia.

—Vamos, hija, dice de pronto; deja descansar en paz á tu marido... el pobre lo merece; su existencia fué una continua batalla y se portó como un héroe... hagámosle esta justicia póstuma... ¡él solo contra numerosos enemigos más ó menos domésticos! un certero disgusto le dió en mitad del corazón y quedó en el sitio... ¡pobre mártir! porque fué un mártir anónimo, por más que tuviese su geniecillo y sus cosas; no hay como morirse para que se reconozcan los altos méritos de los que cruzaron la senda de la vida en medio de la indiferencia de sus contemporáneos, como avanza el intrépido explorador del Polo por entre moles de hielo. Al menos tu marido habrá ido en tren *express* á la gloria, sin necesidad de detenerse una temporada en el purgatorio, estación intermedia muy frecuentada por los que salen de este mundo con la alforja de la conciencia repleta de pecadillos veniales... ¡bastante purgó el pobre la falta de haberse casado contigo!

—¡Pero, mamá! no interrumpas mis rezos, exclama la joven, lanzando á la autora de sus días una mirada en la que centellea el enojo.

—¡Tus rezos! refunfuña la mamá. ¡Bah! tu marido no necesita de más rezos; de nuestra casa salió para la gloria.

—¡Es que no puedo olvidarle! su sombra me persigue tenaz á todas partes...

—¡Déjate de sombras chinescas!

—¡Tú no sabes cuánto sufro!

—Entre un cuerpo que arde en llamas de amor y una pálida sombra, no hay idilio que tenga sentido común; hoy se quiere á la moderna y el romanticismo es ya una antigualla: la vida es fuego y luz y las sombras huyen de la luz como impalpables fantasmas; además, ya sabes que esa sombra hace... sombra.

—Nadie tiene celos de un muerto.

—Pero para el amor no sirve lo impalpable.

—Te advierto que la gente nos mira.

—Vámonos á casa... son las seis y ya sabes que tenemos que comer temprano.

—No hables de estas cosas en el campo santo, mamá.



—¡Qué pesadez de mujer! ya rezarás por la noche... cuando regreses del baile de las de Orgaz.

Bien dice el refrán que al que se muere... lo entierran y bien hacen los muertos en cortar toda correspondencia con los vivos, pagándoles así con iguales monedas de olvido. Para algunos, la visita anual á los cementerios es una distracción, como, verbigracia, echar pan á los patos ó pegar á la señora. Hay sepulcros monumentales en los que la vanidad humana amontona todas las suntuosidades del arte, y, sin embargo, ¡quién sabe si la modesta cruz del recuerdo señala en el corazón de ciertas gentes el sitio que ocupó la persona objeto de tanto aparato!

El día de difuntos es un día verdaderamente cruel, uu día de amargura para los que van al cementerio impulsados

15

por el deseo de honrar la memoria de los que cayeron á su lado en la reñida batalla de la vida; pero una vez cumplido tan piadoso deber, surge del fondo de su alma, aclarando todas sus sombras, una visión celeste, un ángel de luz... ¡el ángel del consuelo!

CASIMIRO PRIETO.



# EL BAUTISMO DE LAS PERLAS

En la irisada cámara luciente
de la concha del mar, perla dormida
en su lecho fantástico mecida
vive bajo del agua transparente.

Las ascuas de coral, gruta esplendente
dan á la blanca perla adormecida,
y la de seres pléyade bruñida
cruza en nave de escamas la corriente.

Bajo el velo del agua que se riza,
abre la concha el seno que blanquea
y la mágica perla se matiza.

Hiende entonces la luna la marea;
en su propio sagrario la bautiza,
y el camarín de nácares platea.

1889. SALVADOR RUEDA.



LAS

# METAMORFOSIS INFERNALES *

FRAGMENTO DEL CANTO XXV DEL «INFIERNO,» DE LA DIVINA COMEDIA DEL DANTE

Si eres, lector, de comprensión tardía
para creerme, no es extraña cosa,
pues yo lo he visto, y dudo todavía.

Los contemplaba con mirada ansiosa,
cuando una sierpe, con seis pies, se lanza
sobre el uno, y lo enrosca presurosa.

Las dos patas del medio hundió en la panza,
con las de arriba ciñe brazo y brazo,
y con las uñas hasta el rostro alcanza.

Las patas bajas, con cerrado lazo
toman los muslos, y la cola erguida
entre ambos mete y roza el espinazo.

* Traducción inédita.

Jamás la hiedra á un árbol adherida
se asió á su tronco, cual quedó la fiera
con los miembros del hombre confundida

al revolverlos cual caliente cera;
que uno y ninguno en forma y colorido
era uno y otro de lo que antes fuera;

así el papiro al fuego escalecido,
se retuerce tomando color bruna
que no es negro ni blanco, como ha sido.

Los otros dos, miraban con pavura,
y:—«¡Cuál cambias, Añel!»—ambos gritaban,—
»¡Ya los dos son de idéntica natura!»

Una sola cabeza ambos formaban;
en un solo semblante se fundían,
bien que rasgos perdidos aún mostraban.

Dos de los cuatro brazos se veían;
espalda, vientre, piernas y cabeza
un conjunto no visto parecían.

Aquel conjunto á transformarse empieza:
imagen de ambos y de dos el parto
que á lento paso se arrastraba aviesa.

Como suele veloz algún lagarto
cruzar la senda de otra mata en busca,
por el ardor canicular coarto,

así, cual grano de pimienta fusca,
lívida sierpecilla se desprende,
y el vientre de los otros dos rebusca.

A uno su dardo viperino hiende
por do se toma la primer comida;
salta ligera, y á sus pies se extiende.

La sombra, con la vista amortecida,
de pie la mira, y sin cesar bosteza
como de sueño ó fiebre consumida.

Sierpe y sombra se miran con crudeza:
una por boca, y otra por la llaga,
humo despiden, como nube espesa.

Calle Lucano, que al cantar propaga
los cambios de Sabelio y de Nasidio,
que otro cambio los suyos deja en zaga.

No hable de Cadmo ni Aretusa Ovidio,

que si al uno en serpiente y otra en fuente
su musa convirtió, no se lo envidio;

pues jamás dos naturas frente á frente
trasmutaron su esencia con su forma,
ni en materia, de modo tan repente.

Hombre y bestia se adhiere y se conforma:
se bifurca en la cola la serpiente
y el cuerpo del herido se deforma.

Ambas piernas se adhieren fuertemente,
y cierran de tal modo la juntura,
que ni señales de la unión presente.

La cola, al bifurcarse, la figura
toma del pie, con su pellejo flaco,
y la una piel se ablanda y la otra es dura.

Ví los brazos hundirse en el sobaco,
y á la vez, de la sierpe ví extenderse
de uno y otro costado el pie retaco.

Los pies traseros como cuerda tuerce,
y dividiendo el miembro que se cela,
en dos patas rampantes lo retuerce.

Mientras el humo á uno y otro vela,
al hombre la serpiente da su escama,
y se cubre del pelo que repela.

El uno sobre el otro se encarama;
el hombre cae, y con mirada impía
cada cual un hocico se amalgama.

El erguido hacia arriba contraía
el hocico, y la carne rebosante
en orejas y cara convertía;

con la materia que quedó sobrante
una nariz sobre la faz se planta,
y sus labios engruesan lo restante.

Su hocico el abatido solevanta,
y las orejas salen de su testa,
como sus cuernos caracol levanta.

La lengua, que antes era unida y presta,
se parte en dos, y la otra dividida
se reune y el humo contrarresta.

El alma, así en culebra convertida,
se escapa por el valle y va silbando;

el de pie le despide su escupida,

le da la espalda, y dice al otro hablando:
—«Quiero que como yo camine Boso,
y vaya por los suelos arrastrando.»

BARTOLOMÉ MITRE.



# ROSA Y LAUREL

(IMITACIÓN DEL ITALIANO)

ROSA

Perenne es tu verdura,
¡y un día apenas mi belleza dura!

LAUREL

¿Mas qué pierdo ó qué gano
con la pompa inmortal de árbol lozano?

ROSA

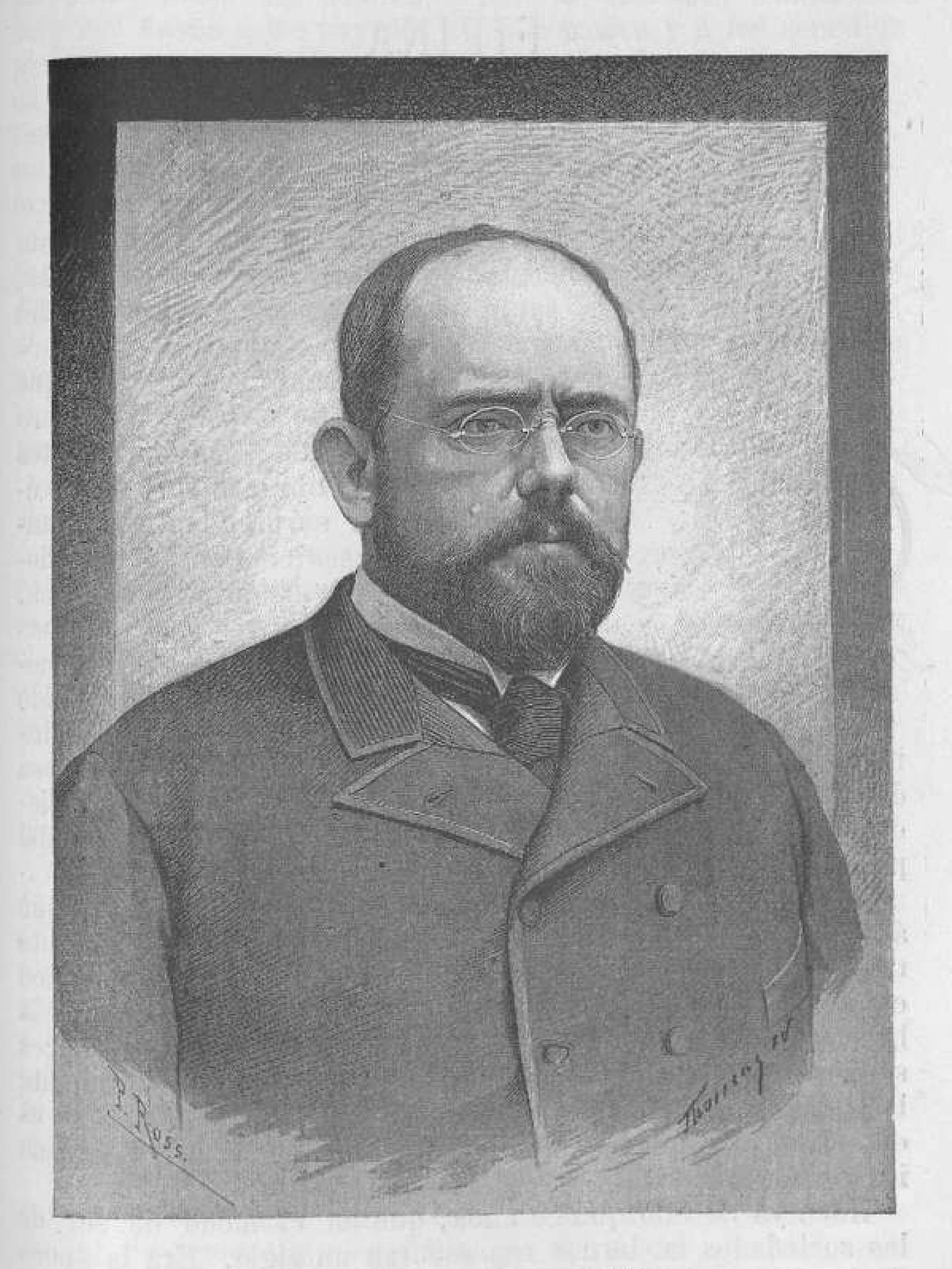
Corona inmortal eres
de poetas y de héroes, ¿qué más quieres?

LAUREL

¡Hallar, como la rosa,
en seno de mujer, tumba amorosa!

GUILLERMO MATTA.

Santiago de Chile.



# Dr. D. Francisco Moreno

DISTINGUIDO NATURALISTA Y DIRECTOR DEL MUSEO DE LA PLATA

# FIFINA

## RECUERDOS DE UNA ARGENTINA



IMPOSIBLE es no amar la bella y entusiasta América, cuando se adora el progreso, la santa independencia, las glorias del trabajo y los mágicos dones de la libertad. América es uno de los países que más amo, después de España. Yo adoro sus frondosos bosques, sus imponentes cascadas, su deslumbrante sol, sus poéticas noches, su sorprendente vegetación, sus bulliciosas ciudades, sus indolentes danzas, su melancólica música, sus inspirados poetas y sus hermosísimas mujeres, aunque nunca he visitado aquellos remotos climas, sacados del olvido por Colón, el gran visionario de los mares, y alumbrados por la antorcha de la sublime diosa de la libertad, que constituye el noble ideal de las sociedades modernas, entusiastas y fervientes adoradoras del progreso, de la ilustración y del porvenir.

Yo adoro con delirio aquellos países; porque me enseñó á amarles una hermosísima mujer nacida en aquella ardiente tierra, enamorada del sol, cuando con fe, con amor, con entusiasmo, llamaba á las puertas de la juventud; en la hermosa edad en que adormecen nuestra mente mil dulces sueños de color de rosa, en que el corazón es altamente bueno, porque ama todo; en que uno es creyente, porque es entusiasta; en que uno es poeta, porque acaricia la purísima imagen de un ideal.

Hace ya de ello quince años, que en el modo de ser de las sociedades modernas representan un siglo. Era la época de los baños de mar, y con mi familia nos habíamos trasladado á las deliciosas playas de Vilafortuny, sombreadas por un poético y frondoso bosque, señoreado por un antiguo castillo feudal con sus vetustas torres, artesonados salones, góticas ojivas y devotísima capilla, que abre sus puertas á

los fieles todos los domingos por la mañana, reuniendo bajo sus naves á los payeses de la comarca y á los sencillos pescadores de aquellas risueñas playas del Mediterráneo, de aquel mar siempre azul, siempre bello y transparente, como si fuera el grandioso espejo en que se miran la laboriosa Cataluña, la árabe Valencia y la incomparable Andalucía, tierra predilecta del amor.

¡Ay! ¡en aquel castillejo, convertido en manso, en aquel poético bosque y en aquellas apacibles playas se deslizaron algunos de los días más felices de mi existencia! Una tarde, al declinar el sol, estaba tendido en el bosque leyendo una novela de Alfonso de Lamartine. No recuerdo á punto fijo si era la *Graciella* ó *Rafael*. De pronto oí ruido en la maleza, levanté los ojos y ví ante mí una mujer.

Era una niña, una hermosísima criatura, alta, esbelta y elegante.

Un sombrero de paja de Italia con una guirnalda de flores cubría su cabeza, y un traje blanco alfombrado de diminutas rosas cubría su persona. Cerré el libro, y sin apartar los ojos de aquel pálido y hermosísimo rostro me incorporé.

—Prosiga usted su lectura, articuló la aparición; siento haberle molestado.

Murmuré un cumplido y me levanté precipitadamente.

¿Quién era aquella niña? ¿de dónde había salido? ¿adónde vivía? ¿qué buscaba en aquel sitio?

La señorita añadió:

—Me he enredado en este bosque y no encuentro la salida; ya que somos vecinos, pues desde esta mañana vivo con mi papá en el castillejo que usted habita, le suplico que se sirva acompañarme.

Esas frases fueron dichas de un modo tan dulce, tan bello, tan armonioso, que á pesar del tiempo que ha transcurrido, aún resuenan como una dulce música lejana en mis oídos y en mi corazón.

Con la más amante solicitud, con el libro debajo el brazo y admirándola como una artista á las divinas Madonas de Rafael, la acompañé al castillo, en el cual le aguardaba con impaciencia su cariñoso y respetable padre.

De aquel encuentro nació nuestra amistad. Desde aquella tarde no me separé nunca de su lado; éramos dos amigos, dos hermanos, dos almas extremadamente puras que sonreíamos en presencia de los hombres, de las olas y de Dios.

Aquella divina criatura, pues bien merece este nombre, contaba veinte años, y yo diez y seis. Ella era ya la crisálida convertida en mariposa. Yo aún era un niño. Fifina, que este era su nombre, era blanca y extremadamente pálida, sus ojos negros, lánguidos y soñadores encerraban todo el fuego del sol del mediodía de las Antillas y del trópico; sus cabellos eran negros, finísimos y lustrosos; su cintura se sombreaba como un lirio de Oriente; su conversación era cariñosa, pintoresca y expresiva, y su elegancia, sin afectación, propia y natural, hubiérala envidiado la más aristocrática parisién.

Era una hermosa transición entre la americana y la andaluza; Dios le había concedido la lánguida belleza de la primera y todas las gracias de la segunda. Era el prototipo de la argentina, todo belleza, ternura, elegancia y expresión.

Fifina en medio de esas excursiones, de esos juegos de niño, de esas horas de plácida confianza, con aquel mimo, con aquella gracia, con aquel encanto que le eran proverbiales, me describía su adorada América, bailaba sus danzas, cantaba sus trovas, recitaba las poesías de sor Juana de la Cruz y del malogrado Plácido, me describía las pampas, sus viajes por los caudalosos ríos, el panorama de sus cascadas, los trajes de los indios, las alegres horas pasadas en *jamaicas* y *coleaderas*, sus siestas en la hamaca, las fiestas de los negros, los bosques de palmeras, de aromáticas guayabas y de pomposas seibas con los cantos de la calandria y del pintado colibrí; cuanto bello, poético y original encerraba su patria, exaltando mi imaginación, hablando á mi fantasía y creyéndome transportado á aquellos apartados climas, que amaba sin conocerles, por la mágica palabra de Fifina, y por ser al mismo tiempo la patria de aquella niña que tan bien hablaba á mi fantasía como á mi corazón.

Mas ¡ay! cuando llegó el equinoccio, cuando las golondrinas regresaron al Africa, la encantadora argentina se trasladó de nuevo con su padre á la corte, para dirigirse desde allí á Cádiz, y de Cádiz á su país, y yo dí la vuelta con mi familia á mi ciudad natal. ¡Oh! ¡qué vacío tan grande, tan inmenso sentí en mi corazón! ¡qué tristes me parecieron aquellos bosques, aquellas playas y aquellas huertas! Todos los sitios me hablaban de ella; pero ella había desaparecido. Entonces hubiera querido tender las alas como las gaviotas

y trasladarme á América; admirar la tierra en donde rodó su cuna, aquellas playas y aquellos montes, y aquellas ciudades que me describió con toda la mágica poesía de su palabra, que no volveré á oir jamás.

¡Ay! han transcurrido quince años, y durante este largo período nada he vuelto á saber de mi encantadora compañera, de aquella juguetona niña que desplegó, con su dulcísimo acento, ante mis ojos un mundo desconocido, un paraíso al otro lado de los mares y que debe ser el nido de sus amores y el altar de sus afectos.

Por eso, hoy que la amistad de un inspirado paisano que pulsa la lira del poeta en la floreciente República Argentina, me depara la alta honra de colaborar en su renombrado Almanaque, consagro ese humilde recuerdo á una bella hija de aquel hermoso país, probándole que ni el tiempo, ni la distancia, ni las luchas, ni los dolores han borrado de mi alma el poético recuerdo de su lánguida y vaporosa imagen, y que al hablar de América, de su cielo, de su sol, de sus flores, de sus pájaros, y de sus cantos, lo hago con el más ferviente entusiasmo, pues ellos traen á mi memoria la luz, la hermosura, el perfume, las galas y el amante acento de una apartada mujer.

Francisco Gras y Elías.

---

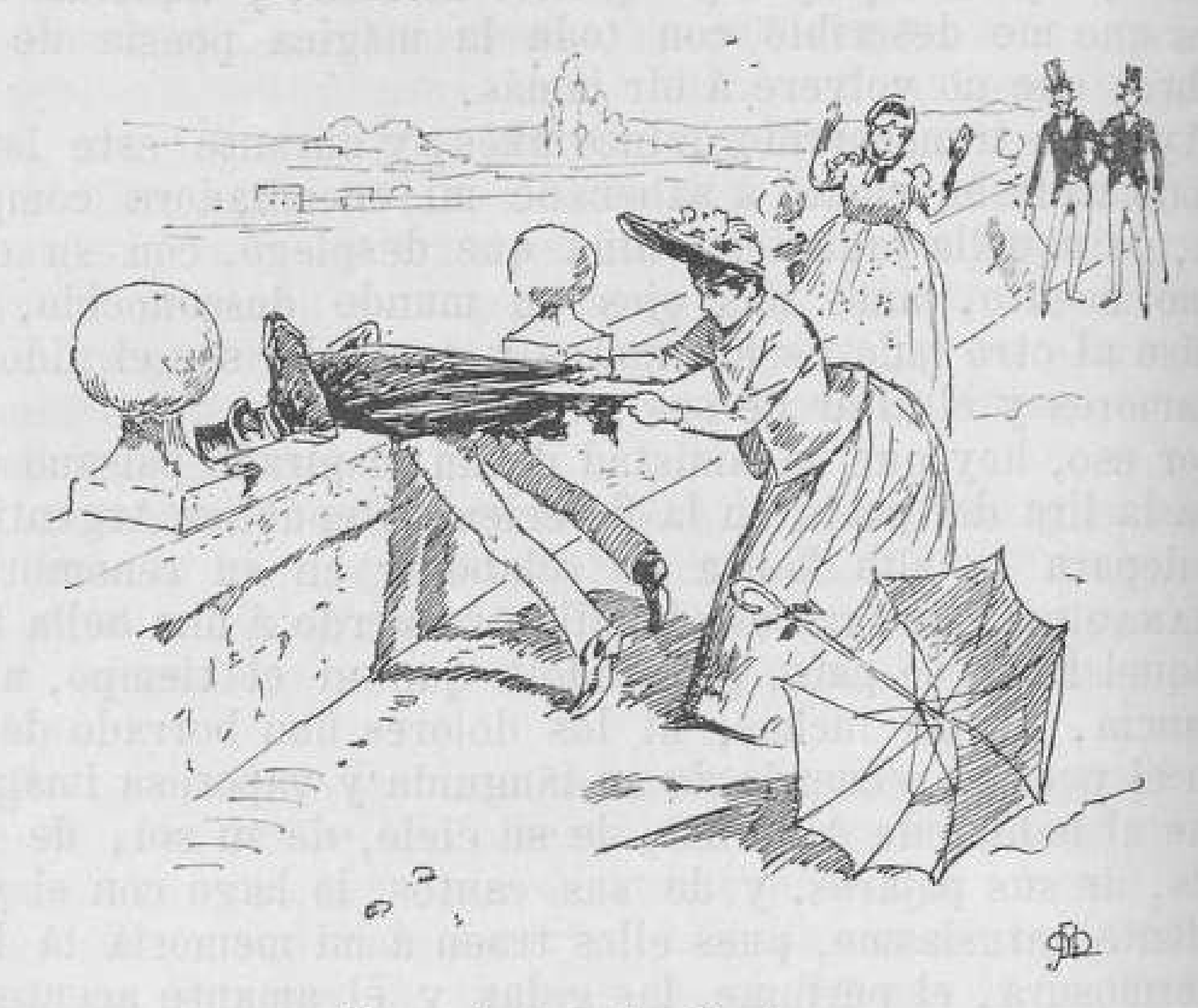
# LA MÚSICA ESPAÑOLA

A D. MANUEL REINA

Es el rumor que de canciones moras
el aire en ondas perfumadas lleva,
el triste suspirar de las guitarras,
los cantares que animan las verbenas,
las amorosas frases que se cruzan
á través de los hierros de las rejas,
el himno nacional de la victoria,
el brillante esplendor de las banderas,
el chasquido de cañas y de vasos,
el aroma de nardos y de fresas,
el eco de andaluza serenata,
el altar con claveles y azucenas,
los versos de Zorrilla, y el crujido
de gasas, blondas, céfiros y sedas
que la gracia española luce ufana
al marchar á los toros en calesa.

Carlos Ossorio y Gallardo.

# UN CONSEJO SALUDABLE



—¡Se va á caer el señor!
—¡Mi marido!... ¡por Dios, Bruno!
—Cuando sólo se tiene uno
hay que cuidarle mejor.

# CANTARES

Mi nombre escribí en la arena
y luego en tu corazon;
en la arena aún está escrito;
en tu pecho, se borró.

Tus ojos, traidores, brillan
entre bosque de pestañas...
¡qué mucho que un día, incauto,
cayese en tal emboscada!

En el campo, hermosa niña,
¿qué pasó aquella mañana,
que al verte las amapolas
se ponen tan coloradas?

CASIMIRO PRIETO.



# ELEGÍA

ANTE LA TUMBA DE UN AMIGO

Le conocí ya tarde
cuando la muerte, fúnebre viajera
que acecha en el camino de la vida,
le esperaba cobarde
para herirle á traición en su carrera!
Fué triste para todos su partida,
triste como un dolor sin lenitivo,
y su recuerdo, espiritual fragancia
de flor abierta allá, en la azul distancia,
hoy como ayer, eternamente vivo,
llega á mí, gemebundo,
y me habla del ser bueno
caído en el combate de este mundo
sin que su frente salpicara el cieno!

—

Apóstol generoso de una idea
murió en la santa lid, como el soldado
que sucumbe abnegado
al pie de su bandera en la pelea.
Y no bajó á la tumba

envuelto en la mortaja del olvido...
¡Dejó un nombre de todos bendecido
y afecciones que el tiempo no derrumba!...

—

Mirad y sed testigos...
Hoy sus buenos amigos
llevando todos en el alma luto,
llegan hasta el paraje hospitalario
donde vela, hace mucho, sus despojos
el árbol de las tumbas solitario,
y allí deponen póstumo tributo
con el llanto en los ojos!...

—

¡Flores sobre un sepulcro!... Primavera
emblema de lo joven y lo tierno,
adornando solícita, sincera,
con sus mejores galas al invierno!
¡Ah!... Muy pronto esas flores
abiertas al bautismo del rocío,
barridas por el viento del estío
contando irán su historia de dolores.
¡Remedo triste de la vida humana
que el astro azul de la ilusión colora,
dándole maravillas en su aurora,
y muerte al fin de su primer mañana!...
Pero no todo, en la existencia muere.
Hasta el jardín inmaterial del alma
no llegarán, para turbar su calma
el viento que derrumba, el sol que hiere!...
Al rocío de lágrimas amantes
nace en ella una flor bien primorosa,
fragante entre las flores más fragantes,
la siempreviva del recuerdo hermosa.
¡Reliquia fiel, depósito querido
en célico santuario,
que impide el que fallezca solitario
un nombre en el sepulcro del olvido!...

RICARDO SÁNCHEZ.

## EPIGRAMA

Al hablar de las maldades
de Andrés, bígamo villano,
hubo quien le llamó *Jano*,
por sus *dos caras... mitades*.

# CONSEJA

POR APELES MESTRES



Cargado de laureles, pero sin un maravedí en la bolsa, regresaba á su hogar un soldado.



Al pasar junto á una charca encontró una rana presa en unas redes, la cual le suplicó con tan persuasivas palabras que la devolviera la libertad, que el pobre muchacho no supo negarse á ello.



Agradecida la rana quiso recompensar tan noble acción cual se merecía.



—Toma esta enea, le dijo al soldado, monta en ella y fiel á tus mandatos te conducirá adonde mejor te plazca.



Y ofreciéndosele su más atenta y segura servidora zambullóse en la charca.



—¡Al palacio del rey! dijo el soldado.

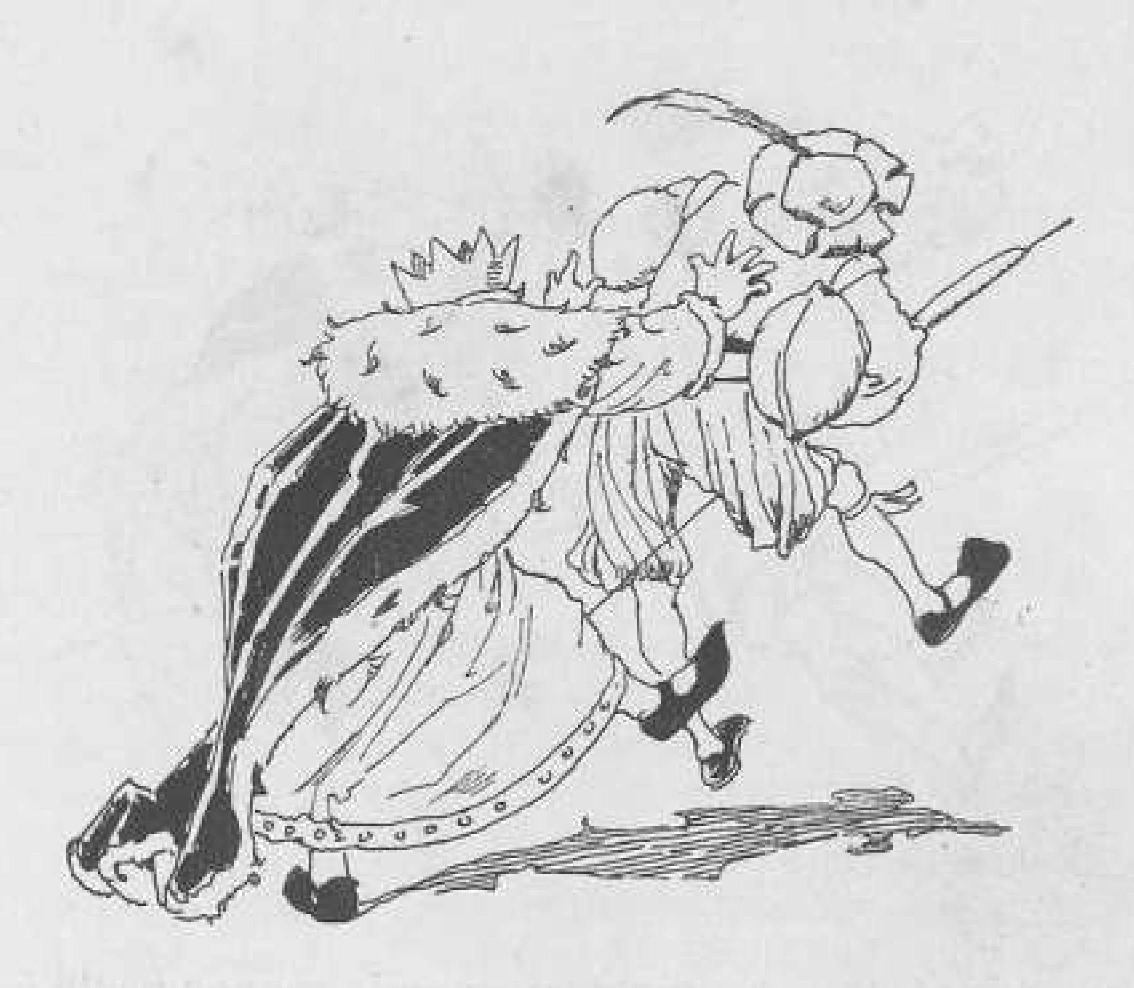
Y sentóse sobre la obediente enea que lo llevó por los aires con la velocidad del rayo...



hasta introducirle en la mismísima sala del tesoro, en la que se hallaba á la sazón el avariento rey pasando revista á sus talegas salpicadas de sangre y empapadas de lágrimas.



Y diciendo:—Con permiso de Vuestra Alteza—y asiendo del montón un par de talegas muy repletas...



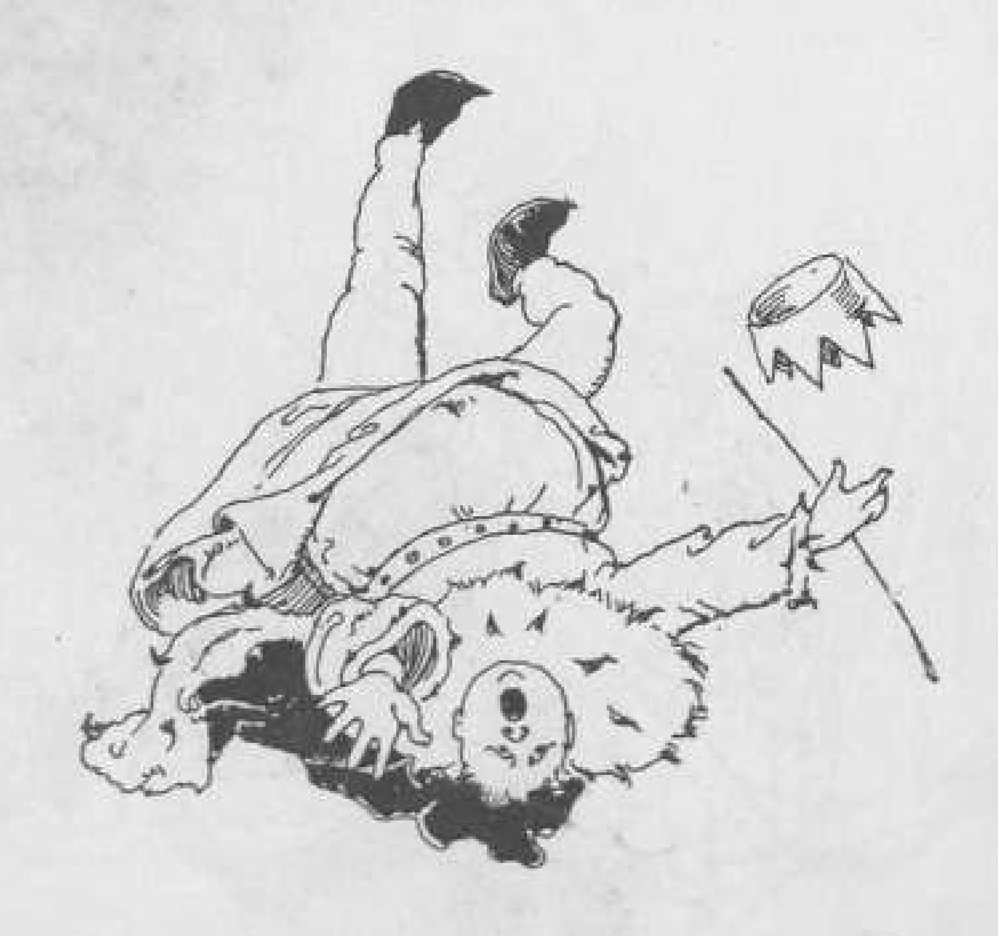
volvió á montar el viajero en su infatigable cabalgadura.



Pero habiéndose agarrado á él el soberano y pudiendo apreciar todo el valor de tan singular corcel...



dijo para sus adentros:—No me corresponde menor parte á mí que a un miserable vasallo.—Y partió con su puñal la enea.



Pero ó fuera que el talismán dejara de ser tal en sus manos, ó fuera que la mitad que le tocó al rey no poseyera virtud alguna, es lo cierto que el codicioso monarca fué á dar en un profundo abismo.

# MADRE É HIJA

Á MARIANO MAYO

—¿Te llamas la Argentina?—La Argentina.
—¿Cuál es el nombre de tu madre?—¡Gloria!...
—¿Tu raza fué?...—Mi raza fué divina.
—¿Quién te lo reveló?—La Musa Historia.

—¿Fué tu raza muy noble?—Usa corona
de reyes: un castillo con almenas.
—¿Y era buena tu madre?—Sí: lo abona
el que todas las madres son muy buenas...

—¿De mí qué piensas?—Que esa faz altiva,
ese noble ademán, esa apostura
no admiten del amor la negativa.
—¿Me quieres, pues?—Te quiero con locura.

Mas ¿quién eres, Señora, que en mi pecho
formas para el amor caliente nido?
¿Quién eres, oh Señora, tú que has hecho
que se despierte el corazón dormido?...

—Yo... yo fuí Reina del inmenso mundo,
potente soberana por doquiera,
y el fulgurante sol, siempre errabundo
ha alumbrado perenne mi bandera.

Yo soy aquella que á la Europa toda
dictó su voluntad, marcó su sino.
Yo soy... la madre de la raza goda
que sujetó la rueda del destino.

Yo soy aquella que ensanchó del mundo
el límite rüin, con noble alarde.
¡Yo soy la madre que en mi amor confundo
á Cervantes, á Lope y á Velarde!

Yo soy aquella que venció del hado
con firmeza y valor la ruda saña.
Soy la mujer sublime, que ha marcado
derroteros al mundo. ¡Soy España!

—Mil y mil veces escuché tu nombre;
también brilla en mi frente tu aureola;
y aunque soy la Argentina, no te asombre:
tú eres España, y yo... soy española.

¡Española! En mis venas, como fuego,
corre esa sangre del valor emblema.
¡Española! Cual tú no me doblego,
¿quién, teniendo tu sangre, habrá que tema?

—Una hija tuve yo, que de mi lado
quiso apartarse. Ya tu edad tendría.
¡Hoy estará tan bella! La he soñado
soberana del orbe... ¡Es hija mía!

—Se separó ¿por qué?—Ya lo he sabido.
—Por Dios, sólo, á una madre se abandona.
—Lo hizo así.—¿Fué por Dios?—Siempre lo ha sido
la noble Libertad, y eso la abona!

—A esa historia parécese mi historia.
Amo á mi madre y tuve que dejarla.
Quien á su madre deja por la Gloria
si más la aflige, es para más honrarla!...

—¿Lo hiciste?—El año diez.—¿Cuando afanosa
busqué la libertad, tú la buscabas?
¿Cuando, muriendo, triste y dolorosa,
la hallé, Argentina, tú también la hallabas?...

Mi hija predilecta, en aquel año
logró, también, su libertad querida.
—Si no temiera un nuevo desengaño,
prometiera á tu amor tu hija perdida.

—Reclinada en las márgenes de un río,
sobre el césped menudo de la orilla
la que nació de aqueste seno mío,
como una diosa resplandece y brilla.

—Junto á un río de plata, murmurante,
también habito yo. Mi reino llega
desde la Pampa inmensa hasta el Atlante,
desde el Andes al mar, que ruge ó ruega.

En la espesura de los bosques míos
todo es hermoso, pájaros y flores;
cual bruñido cristal lucen mis ríos;
mi cielo es fuente perennal de amores.

—La hija mía que adoro y es ingrata,
supo vencer á usurpador artero.
—¡Junto á la margen del tranquilo Plata,
vencido mordió el polvo el extranjero!

—¡Oh! ¡Conozco tu orgullo! ¡Estrecho lazo
á las dos unirá desde este dia!
¡Tu madre soy! ¡Abraza cual te abrazo,
hija del alma!—¡Amada madre mía!

---

Y la matrona y la gentil doncella,
en mutuo y dulce amor el alma fija,
santas las dos, las dos á cual más bella,
preséntanse ante el mundo Madre é hija.

Roberto J. Payró.

## NUESTROS COLABORADORES



# Dr. D. Lucas Ayarragaray

DISTINGUIDO MÉDICO Y LITERATO ARGENTINO

# ¡LOCO!...

AL POETA LEOPOLDO DÍAZ

Vosotros le habéis conocido. Era reconcentrado y huraño, y su rostro pálido y enjuto se había marchitado por el insomnio y el tedio.

Tenía una gran fuerza de pensamiento que inutilizó en sus quimeras y que bien encaminada le habría salvado del olvido.

Era, á no dudarlo, una personalidad incompleta; había en su cerebro grandes vacíos y algunas de sus facultades tan esplendorosas, y con impulsos tan originales y propios que hacían pensar en un ser de estirpe distinta á la nuestra.

No era posible estar á su lado sin sentirse enfermo del mismo mal, porque la melancolía se irradiaba de todo él.

Semejantes temperamentos intelectuales dan una mano al genio y la otra á la locura; se destacan en un fondo lleno de penumbras que dificultan el diseño. La ciencia actual ha creado un término acomodaticio para incluirlos en su nomenclatura, y á toda vida que se sale de la esfera común, y se emancipa de la vulgaridad la rotula con el mote de *neurosis*.

Jamás nos atrevimos á descender al fondo de su carácter para conocer su textura íntima, pero tenemos la convicción de que en otra edad y en otro medio hubiera acometido la realización de una gran obra.

Su existencia fué ignorada, y hoy, que corren tantos comentarios malévolos para explicar la causa de su suicidio, reproducimos algunos párrafos de la última carta que de él recibimos, pocos días antes de su muerte.

Dicen así:

«Querido amigo:

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

»A no dudar, la vida es una pesada carga. Los espíritus más ricamente dotados han sentido su peso abrumador y

han desfallecido. El descontento es la enfermedad de las grandes almas. La satisfacción y la alegría son el patrimonio de la canalla y de la pobreza de pensamiento.

»Aquellos que han nacido con alas comprenderán con facilidad este lenguaje, indescifrable para esos entes tan soberbios como dignos de desprecio, que no tienen ni los arranques instintivos que nos hacen rebelar intelectualmente contra la fatal monotonía de las leyes físicas. Naturalezas displicentes que no han acariciado siquiera el placer íntimo de la protesta secreta y de la resistencia, y que en pos de sus impulsos comen, duermen, ven día á día salir y ponerse el sol; los mismos efectos ante un número inalterable de causas, sin imaginar algo más allá para sus deseos.

»De ellos es el mundo, porque carecen de ese sexto sentido que espolea la imaginación hasta los horizontes invisibles del ideal.

»La ingente altura intelectual mata la tranquilidad; ella abandona al hombre de genio para acompañar al patán. El que asciende á las cumbres de las montañas observa sus cimas pedregosas y estériles. Cuando el espíritu se eleva como ellas, pierde también los tintes risueños.

»Lo confieso en alta voz: esa es la causa del desasosiego que aqueja mi ánimo y el resorte que me mueve á la desesperación.

»La pereza somnolienta que embota mis facultades y mis fuerzas es de tiempo en tiempo interrumpida por estallidos extraños de actividades sin objeto, de instintos sin órganos sobre que ejercitarse, de ideas fuera de lógica y de esperanzas á las cuales apenas llega la concepción por lo irrealizables.

»Con esos impulsos de una inteligencia sin disciplina, me lanzo furioso entre mis afanes para buscar una solución á los tormentos y un equilibrio á la vida. Los sentimientos, fuera de quicio, me agitan hasta lanzarme en la exaltación del delirio.

»Todos mis actos se resienten de la falta de límites; jamás he podido trazarme una regla de conducta, ni abrir un derrotero á mi destino. Llevo delante de mis ojos una verdadera nebulosa moral que no me permite dar cuenta perfecta de lo que percibo. El plan no puede entrar para nada en mis proyectos, porque carezco de memoria y

voluntad para verificar lo que me propongo hacer, y sólo la tengo para lo que debí ejecutar. Por esta extraña perversión intelectual es que prolongo y dilato el pasado sobre el presente y el porvenir.

»Tengo la seguridad de que esa falta absoluta de la noción de tiempo y la confusión lamentable de lo ideal y lo real, de lo que veo dentro y fuera de mí, es la causa de mis desvaríos.

»Por otra parte, exteriorizo y doy forma tangible á los mil sueños y vaguedades que aletean en mi espíritu y que pasan y me llaman.

»Soy un iluso, lo declaro. He construído el molde antes de fundir el metal con que había de ser llenado. Necesito, pues, forzar la realidad para que se adapte al modelo.

»Mal es este que cuenta ya muchas víctimas. El camino de la desesperación y del suicidio está poblado de estos desheredados de sentido, que avanzan con los brazos extendidos en persecución de un fantasma. ¡Miserables que no saben desprenderse de la infancia intelectual, y que, hombres, sobreviven á sus esperanzas, y como los aldeanos de la leyenda bretona, buscan aquí y allá lo que existe sólo en sus imaginaciones enfermas!

»Bien comprenderéis que conozco mis defectos y trato de ponerles una valla, pero estoy tan pobremente dotado de carácter, que soy juguete de mis propias ilusiones.

»¿Qué queréis? Lo peor de todo es que el afán de encontrar lo que ansío me conduce siempre á los extremos en todas las cosas; subo y bajo en esa espiral hasta quedar postrado por la saciedad y el cansancio.

»Apuro de tal manera la copa del placer, que no la arrojo hasta sentir en mis labios el amargor de las heces. No me conducen á estos excesos brutales ni la bajeza ni la crápula, tú bien conoces la elevación de mi alma, sino el deseo de encontrar en ellos las promesas que la imaginación me ha comunicado en sus sueños.

»Busco, pues, y no encuentro. Cuando la fiebre se apodera de mí, vago sin rumbos esperando que el azar me ofrezca un estímulo contra el estupor. Entonces desearía hacerme invisible para escapar á los saludos impertinentes de los amigos, á sus palabras melosas, á sus manifestaciones hipócritas. Los desprecio por su falsedad y cobardía. No poseen esa fortaleza de verdad para desdeñarme y

odiarme, como yo los desdeño y les odio. Pequeños de corazón y de inteligencia, véome precisado á retirarme de su lado para sacudir la enervación de las ideas vulgares. Intelectualmente somos antípodas; estamos colocados en los extremos del diámetro de la tierra. En verdad que debiera conformarme con las apariencias, sin llevar más lejos el análisis para huir de la decepción, y por ejemplo, contemplar y admirar á las mujeres, sin pensar si son falsos sus rubores, recibir sus caricias sin desconfiar del sentimiento que las engendra, y aplaudir las grandes acciones sin tratar de ver el propósito.

»Desengañado por lo que creo entrever de mentira en cada virtud y en cada palabra, caigo á mi vez con las alas rotas para abrir á mi existencia contemplativa, un paréntesis, donde pueda encerrar todos mis vicios y mis vergüenzas. Producido este naufragio, no encuentro nada digno que me ofrezca salvación.

»Rehuyo la lucha porque me repugna; carezco de ese encono y de esa ambición que hace á la generalidad arrebatar á otro lo que considera como indispensable para sus necesidades ó sus placeres.

»Por de pronto admitirás conmigo que carece de objeto mi existencia, é ignoro la ocupación que pueda dar á la fuerza que poseo, y que si no encuentra salida, concluirá por estallar.

»Cuando me estudio, me siento una verdadera monstruosidad moral que no puede subsistir por falta de medio y ambiente á propósito. Soy una aberración y debo terminar por otra aberración.

»Y esto es tan cierto, que mi criterio es bien original, y aún no he encontrado un hombre que aprecie las cosas como yo.

»Si hubiese nacido en otros tiempos y otras edades, hubiera encontrado un objetivo al cual encaminarme. Te declaro, amigo mío, que dueño del poder en los imperios antiguos, hubiera sido un tirano inimitable, y quizás legado á la humanidad el recuerdo de orgías fastuosas que sirvieran de clave á nuevos placeres.

»¿Te burlas? Pues, créeme. Los goces actuales tan precarios de emociones violentas los encuentro, se hacen tan ocultos, con tal monotonía y afeminamiento, que no merecen ocupar una existencia viril, y sólo los hallo dignos de

eunucos ó esclavos. La saciedad y el hastío que tengo por ellos, aun antes de haberlos experimentado, me hunden día á día en la desesperación, en donde no encuentro más salida que el suicidio ó la locura. ¡Oh! ¡si fuera loco! ¡Qué suprema, qué inmensa felicidad! ¡Desear y obtener todas las cosas imaginables, no conocer un límite á la extravagancia, al placer, al mando, á la crueldad! ¡Caer en la manía de las grandezas, sentirse Dios, gobernar los mundos, dar dirección á las esferas y apagar y pulverizar soles á voluntad! ¡Ser rey, ser príncipe, sin leyes que lo domeñen, sin opinión que lo critique! Soñar en amores correspondidos y vehementes; evocar las bellezas históricas, hacerlas vivir un día la vida del delirio, seducirlas, poseerlas y olvidarlas!...

»En los manicomios está la verdadera felicidad, porque cuando se apaga la razón sé bien que empieza á fulgurar la dicha.

»Cuando más embrionario es el pensamiento mejor se siente el bienestar; para que resalte el colorido en el cuadro es necesario ponerle un fondo oscuro.

»Como tú comprenderás, no hay ninguna diferencia, subjetivamente considerado, en ser príncipe cuerdo ó en ser príncipe loco, desde el momento que existe la conciencia de tal estado, y el criterio delirante se apoya en todos los puntos de relación para hacer posible el engaño.

»¡Sí! deseo ser loco y lo conseguiré, mal que pese á mi razón.

»Tengo para ello también otro motivo. En el desequilibrio completo de facultades puede también alborear el genio. Los espíritus uniformes y perfectamente nivelados nada grande han producido. Quizás entre los escombros de la inteligencia encuentre alguna idea que me lleve á la inmortalidad.

»Es imprescindible que la montaña se desmorone para que enseñe las vetas de oro que guarda en su seno...— *Eduardo.*»

LUCAS AYARRAGARAY.

---

Para su amor alcanzar
cuanto soy yo dado hubiera...
Hoy, Dios mío, ¡qué no hiciera
para poderla olvidar!

J. V. A.

# LA SEÑORA Y LA DONCELLA



—La dicha, Inés, de que hoy gozo
no hay mujer que, sin rebozo,
no me envidie...
—¡Bueno fuera!
el señor es tan buen mozo...
¡y abraza de una manera!

# LECCIÓN EJEMPLAR

La Francia enseña al mundo, con página que aterra,
lo que le cuesta á un pueblo de un hombre la ambición:
anárquicas violencias, abominable guerra,
la patria mutilada, triunfante la invasión!
En Chislehurt en tanto, el déspota cobarde
conspira con el crimen y empuja á la traición;
y mientras París lucha y mientras París arde,
hórrido espectro surge, y pasa Napoleón!

1871. GUILLERMO MATTA.



# AMOROSA

Si de tu alma voluble á los bordes
temblando me asomo,
un abismo mis ojos contemplan
muy hondo, muy hondo,
abismo en que duermen,
bajo un musgo de pálidas rosas,
fatídicas sierpes.

—

Si me miran sin ver tus pupilas
tan negras, tan negras
como el ala del ángel que guarda
de Niobe la tienda,
me dice su ceño
que es el ángel que reina en tu alma
más negro, más negro.

—

Mas si amantes me besan tus labios
tan rojos, tan rojos
como flor de granado entreabierta
del céfiro al soplo,
olvido, mi vida,
suspirante y esclavo y rendido
tus viles perfidias.

—

Y no bajes airada la frente
tan blanca, tan blanca
como lirio de venas azules
cubierto de escarcha,
que yo, dulce dueño,
á pesar de mis dudas, aspiro
la vida en tus besos!...

CARLOS ROXLO.

Montevideo.

# LA MAÑANA

Disípanse las sombras lentamente,
que arroja de su cima el alto monte,
y á los fulgores pálidos de oriente
se ensancha, luminoso, el horizonte.

Allá en el fondo de la selva umbría
el astro rey asoma majestuoso,
coronando de luz y de alegría
la fuente clara, el nido bullicioso.

En el monte, en el bosque, en la pradera,
todo adquiere color, todo fulgura;

el labriego, cantando, se va á la era,
feliz y alegre en su existencia oscura.

La brisa matinal columpia apenas
ramas y nidos, y á la luz del día
brilla fugaz, en rosas y azucenas,
del rocío la hermosa pedrería.

La tierra ostenta su verdor y encanto,
de la noche rasgado el negro velo,
y del ave canora el dulce canto
como un himno de amor se eleva al cielo.

Rumorosas, entre una y otra orilla,
ruedan del río las serenas ondas,
en tanto que el insecto alado brilla
cual chispa de oro entre las verdes frondas.

La mañana es de Dios la grata fiesta;
de Dios, á quien no adora el hombre impío,
mientras alzan al cielo su protesta
la flor, la selva, el pájaro y el río.

MANUEL D. NOYA.

Buenos Aires, Julio de 1889.

# CREPÚSCULOS

A J. J. GARCÍA VELLOSO

Como la onda en el lóbrego ocëano,
me agito sin cesar en mi impotencia,
pues quiero conocer de la existencia
las fijas leyes y el profundo arcano.

A mi fe moribunda acudo en vano,
en vano apelo al libro de la ciencia:
mudos se hallan los dos, y mi conciencia
se pierde en medio del problema humano.

La fe es un sol que se hunde en occidente,
la ciencia, un rayo pálido que envía
vacilante alborada desde oriente.

Ninguna satisface al alma mía,
y espero en el crepúsculo, impaciente,
la eterna noche ó el eterno día.

DOMINGO D. MARTINTO.

## ENTRE MARIDO Y MUJER



—Sin ver que es ya monumental tu aspecto,
¿retratarte pretendes?
—En efecto;
¿sabes de algún pintor de nombradía?
—¡Lo que debes buscar, por vida mía,
no es, Matilde, *pintor*, sino *arquitecto!*

## EL LICENCIADO

(TRADUCCIÓN LIBRE)

Sin que le dé ni le quite,
la traducción van á ver:
*Licenciado,* viene á ser
un hombre á quien se permite
que se quede sin comer.

Lima. ACISCLO VILLARÁN.

# NUESTROS COLABORADORES



## Dr. D. Miguel Cané

REPUTADO LITERATO ARGENTINO Y DISTINGUIDO DIPLOMÁTICO

(Copia de un retrato hecho al lápiz por el señor Eduardo J. Schiaffino)

# JORGE TRAVEL

## I

Los que sabéis inglés ¿queréis curiosear un poco?

Tomad el *Times* y fijaos al principio de la segunda columna de la primera página.

Allí encontraréis los avisos más extravagantes y las más fecundas inspiraciones para dar alas á la imaginación.

Leed éste: «A. M. Vén: todo se olvida y el perdón es más grande que el rencor. En donde estés, acuérdate de los tiempos en que eras querido y sabías amar; si eres desgraciado, vén, todo se olvida—L. H. Casita blanca.»

Aquí hay otro: «La nieve cae, y desciendo aislado la pendiente de la vida; entreveo el sueño eterno. Hijo, hijo, ¿dónde estás? Bajo solo á la tumba. Richard, Richard, no dejes al pobre viejo morir solo y miserable. J. B. 15 de Julio, 43.»

Asistís de lejos al desarrollo de tremendos dramas del corazón, veis vacíos inmensos en almas condenadas al martirio de la vida y empapándose el pensamiento en las propias desventuras, el cuadro toma en la imaginación las proporciones de un dolor titánico.

Siempre en Inglaterra había leído con cierta curiosidad los avisos á que me refiero, sobre todo en mis días de melancolía. Entonces hubiera querido unir mi alma al alma de los que sufrían, unir mi dolor al dolor ajeno y aspirar con ellos á la esperanza.

## II

Haría unos seis meses que había abandonado Inglaterra y me encontraba en Edimburgo, la poética capital de Escocia y una de las más bellas ciudades del mundo, por su situación.

No iba á Escocia á buscar las maravillas de la industria moderna; Londres, Liverpool y Manchester me habían cansado, con sus máquinas, sus algodones, sus fábricas y sus mil géneros de manufacturas. No; lo que buscaba era

el complemento de mi viaje á Italia; quería conocer el poético pasado de las razas del Norte, como me había empapado en las gloriosas tradiciones de las razas meridionales.

Werther, en uno de sus momentos más escépticos, decía que Ossian había reemplazado á Homero en su alma.

Yo buscaba á Ossian en las cumbres de los Highlands en reemplazo de Virgilio, cuya poesía aún vive y palpita en las encantadas grutas de Nápoles y en los maravillosos paisajes de Sorrento y la Merghellina.

A Virgilio le falta algo de la virilidad antigua; sus héroes son sabios, sus sabios son héroes.

Ossian es el hijo del trueno y sus héroes alimentan nobles pasiones, magníficas en su prodigiosa intensidad.

El poeta de Augusto canta en arpa de oro á la sombra de laureles y acompañado por las suaves brisas que vienen impregnándose de perfumes en los naranjos y jazmines de las villas romanas.

Ossian pulsa su lira de bronce entre los combates y el rugido del viento, azotando los seculares pinos enclavados en la montaña.

Eneas divide su vida en engañar á una mujer y oprimir un escapulario contra su corazón, en medio de contritas oraciones.

Fingal vive como un héroe, y cuando cae, blanca ya la noble cabellera por la nieve de los años, cae como un titán, entre el fragor de las armas y de los cantos de victoria, embriagado aún por el inspirado acento de sus bardos que cantan sus hazañas.

Virgilio escribía en dorada alcoba sobre el terso papiro.

Ossian cantaba en medio de las selvas, uniendo su voz al himno de la Naturaleza.

## III

Noche á noche iba á visitar en Edimburgo las ruinas del Palacio Real.

¡Oh! no tienen la indescriptible y grandiosa magnificencia del Coliseo, como los pueblos de la vieja Caledonia no tienen la gigantesca historia de los romanos.

Pero hay allí una suave y misteriosa poesía, que viene del pasado, trayendo el nombre de una mujer y el vivo reflejo de su vida, llena de belleza, luz, amores y martirios.

Dos nombres pueblan la Escocia moderna, los dos se ligan en la imaginación por el vínculo divino de la poesía: María Stuard, Walter Scott.

Todo lo demás, héroes, poetas, oradores, políticos y estadistas son raquíticos satélites que giran alrededor de los luminosos astros en la órbita de la mediocridad.

María llena los corazones y Walter la imaginación.

Cuando los jóvenes escoceses, á la caída de la tarde, se reclinan en la montaña donde han nacido, fijando la mirada en el mar inmenso que se extiende ante sus ojos, ese mar de Irlanda tantas veces surcado por las victoriosas naves de Fingal, una dulce melancolía se apodera de su alma y sueñan con la gloria del pasado. Esa dulce criatura, esa María Stuard, tan amada, es el ídolo de sus sueños y en el movimiento febril de su mano, que se estremece sobre la *claymore*, se adivina cierta envidia secreta por la muerte del noble Mortimer.

Walter Scott habla al espíritu; Ivanhoe, Robin Hood, Quentin, Amy Robsart, Rebecca y las mil figuras de su inmenso cuadro, aún viven en Escocia y aún agitan las imaginaciones sobrexcitadas, en medio de las noches tempestuosas.

Yo también me dejaba llevar por el vago fantaseo, y durante las noches de luna entreveía en el confuso torbellino que cruzaba mi imaginación, figuras llenas de luz, que me recordaban los seres queridos, tan lejos entonces de mí.

No hay nada como la soledad y el silencio en medio de las ruinas, para dar la calma á los espíritus conturbados. El que viaja, como todo el que busca los placeres de la vida, encuentra dolores infinitos en cambio de efímeros goces. Las horas de tristeza, lejos de la patria y del hogar, son un preludio de las penas eternas. Sin un amigo, sin un corazón que os ame, os veis solos ante la Naturaleza, eternamente silenciosa, y ante Dios, eternamente oculto é impasible, reinando en las regiones desiertas, más allá de los límites de la creación.

Es triste el placer de la melancolía; jamás en ese estado del espíritu se presentan risueñas imágenes que alegren el alma; vienen siempre los recuerdos dolorosos, las amarguras pasadas á confundirse con los tristes presentimientos.

¡Y hay cierta delicia en ese sufrimiento delicado!

Musset cuenta que ese desventurado á quien ha llamado

el *Hijo del Siglo*, llevaba el retrato de la mujer querida sobre su pecho, en un marco rodeado de aceradas puntas y en el dolor físico de la herida encontraba infinito placer.

Es que en ese momento íntimo, el alma reconcentra en sí misma sus fuerzas, como el mártir que llama á sí toda la energía del espíritu para ir á morir tranquilo y sereno.

## IV

Una noche tuve un encuentro curioso al entrar en las ruinas de la capilla.

Un hombre estaba sentado, de espaldas á la luna y mirando de frente las rotas columnas y los chapiteles destrozados del antiguo templo.

Era la primera vez que encontraba un compañero en mis largas noches de velada, y esta circunstancia ejerció cierta influencia rara en mi espíritu; presentía que aquel hombre lo ligaba conmigo algún vínculo en la vida; que nuestra reunión allí era providencial; esas mil ideas extravagantes, en fin, que nacen de un espíritu agitado.

Al acercarme, noté que el individuo tenía una cartera de dibujo en sus rodillas y se ocupaba en trazar la vista de la capilla, sirviéndose de la blanca luz de la luna, que iluminaba la escena *á giorno*.

Su fisonomía era atrayente y hermosa; grandes ojos, rostro ovalado, boca gruesa y graciosa y cierto tinte de indescriptible mansedumbre esparcido en toda su cara.

No había notado mi llegada; hacía cinco minutos que lo contemplaba silencioso, sin que hubiera cambiado de posición.

Le veía trazar un golpe de lápiz, levantar la cabeza, inclinarla con el gracioso ademán del artista que quiere contemplar un detalle, hacer un gesto de aprobación y luego volver á su trabajo, que parecía absorberlo en un éxtasis de placer.

Sentía vehementes deseos de hablar á aquel hombre, pero me parecía un crimen interrumpir su dulce tarea.

Por fin me decidí, y con la estúpida banalidad común á la gran parte de los hombres que quieren emprender una conversación difícil, le pregunté:

—Si no interrumpo á usted, ¿podré saber qué es lo que está dibujando?

El hombre dejó caer el lápiz que empleara en ese momento en sombrear un zócalo, levantó la cabeza con una expresión de profundo disgusto, fijó en mí sus grandes y mansos ojos y dijo con dulce voz y templado acento:

—Bueno: me iré.

Y lanzó un suspiro, empezando á recoger sus útiles con admirable sangre fría.

—¡No, caballero, no, por Dios! Nunca me perdonaría mi imprudencia. Si ama usted la soledad, estoy pronto á retirarme, y puedo garantir á usted no haber tenido la más leve intención de molestarle.

—No se agite usted, señor; esto es muy sencillo. Desde que yo dibujo de noche, debe ser prohibido en Edimburgo dibujar á esta hora, luego tengo que irme: es natural.

—Primeramente, señor, siendo extranjero como soy, ignoro si hay alguna disposición prohibitiva respecto á dibujar ó trabajar de noche, y en segundo lugar, yo no encuentro ningún género de naturalidad en que usted se vaya ahora mismo.

El nocturno dibujante me miró con cierta expresión original; había en ella algo de la compasión que experimenta el hombre que habla á otro de cosas que no comprende.

Luego sonrió dulcemente, y dijo:

—¿Conoce usted la leyenda del Judío Errante?

—Sí, señor.

—¿Cree usted en ella?

—No.

—Pues... míreme usted y crea.

En efecto, creí; pero lo que creí fué que me las había con un loco ó por lo menos con un monomaniaco.

Empecé á arrepentirme de haber hablado á aquel hombre; siempre la locura es un espectáculo triste y sombrío; la criatura que ha perdido la razón es como el astro cuya luz se ha extinguido; gira en el espacio envuelto en las tinieblas.

El hombre me miraba; prosiguió:

—Loco, ¿no es verdad? no, señor. ¿Usted es extranjero?

—Americano... del Sud.

—Perdón si pregunto: ¿ha estado usted en Londres?

—Quince días.

El hombre respiró libremente; se levantó; vino á mí, y tendiéndome la mano, me dijo:

—Soy un hombre honrado; me llamo Jorge Travel [1] y mi nombre es una predestinación. Estoy solo en Edimburgo, donde me llamo Maximiliano Price. Contaré á usted mi vida, sencilla, pero curiosa, si quiere usted ser mi amigo.

Una mala idea cruzó por mi espíritu: ¿tendría delante de mí un aventurero vulgar, de esos que tantas veces había encontrado en Viena, París, Roma ó Nápoles?

Talleyrand decía que era necesario desconfiar de las primeras impresiones, porque eran las mejores; yo desconfié de la mía porque era baja y mala.

Miré aquella frente ancha y abierta, aquella franca mirada, y siguiendo un impulso irresistible de mi alma, tendí á mi vez la mano.

Éramos amigos.

## V

Fácil me fué al día siguiente cambiar de hotel, yendo á vivir en el que se había alojado Jorge, algo más modesto que el mío.

Por espacio de cinco días recorrimos juntos la ciudad y sus alrededores, estudiando las ruinas, buscando el pensamiento del pasado al través de los monumentos históricos y haciendo vida de artistas y poetas.

Jorge era un carácter angelical y una inteligencia clara y serena. A mis arranques, oponía sus reflexiones; á mis reflexiones, oponía su fe.

Habíamos ido á comer una tarde á una pequeña aldea, que da sobre el mar, que si mal no recuerdo se llama White Cottage, célebre por las encantadoras perspectivas que ofrece á la vista.

Comimos alegremente hablando de viajes y artes y discutiendo sobre dos escuelas de pintura: la Flamenca y la Italiana. Naturalmente, yo sostenía la última y hacía lo posible por desacreditar la inspiración de esos honrados holandeses, buenos bebedores de cerveza, excelentes padres de familia, sabios ciudadanos, pero poco iluminados por el fuego divino, á pesar de Rubens, Teniers, Van-Dick, Quentin Massys y muchos otros que Jorge exaltaba al rango de dioses, en su tranquilo entusiasmo.

[1] *Travel*, viaje.

Cuando discuto, me acaloro. Recuerdo que en el colegio, donde formé constantemente en las filas de Cartago, tuve una lucha á puñetazos á consecuencia de haber insultado á un romano en mi tesón de defender á Aníbal contra Scipión.

Jorge calmaba mis arrebatos con su plácida fisonomía y su palabra suave.

Natural era, pues, que gustase más de las sencillas escenas religiosas de Quentin Massys ó de Huber-Van-Dyck, que de las batallas de Salvator Rosa ó los martirios del Spagnoleto.

Las cándidas diabluras del pincel juguetón de Gerôme Basch hacían su delicia y no comprendía que pudiera llegar más allá la malicia humana.

A Miguel Angel lo consideraba como el cobarde considera al valiente ó el valiente al cobarde: sin comprenderlo.

La ley eterna del contraste nos unía: dos espíritus semejantes se rechazan: dos opuestos se atraen; es el principio eléctrico.

Habíamos concluído de comer y ya estábamos concluyendo de discutir, á consecuencia de un arrebato mío, cuando trajeron el *Times* que acababa de llegar.

Lo recorrí, leí las noticias y telegramas, uno de las cuales se refería á mi tierra, aunque bajo el título de *Brazils*, y, según mi costumbre, busqué los anuncios caprichosos.

Estuve feliz, porque topé con uno original que luego de recorrer con la vista, leí en voz alta á Jorge.

## VI

Decía así:

«J. T. en el mundo.—Pobre hijo mío, el cielo ha sonreído, vuelve ya. M. ha partido hace un mes para las Indias con H. que la ama. La infinita bondad de tu alma ha encontrado recompensa. Desde hoy la vida te sonríe. Vuelve, vuelve á abrazar á tu anciana madre. M. 3 de Mayo de 1846.»

Cuando concluí de leer, miré á Jorge; su fisonomía estaba agitada y dos gruesas lágrimas caían de sus ojos elevados al cielo, como si levantara una ardiente plegaria.

—Jorge, Jorge, ¿qué tiene usted?

—Tengo, amigo mío, que la hora de la tranquilidad ha llegado: es á mí quien llama mi santa madre.

—¿Luego este anuncio?...

—Sí, á mí se refiere. Esa fecha es la del día en que nací.

Quedé profundamente impresionado mirando á Jorge; una expresión de íntima alegría se pintaba en su rostro; era feliz.

Como yo lo mirase tenazmente, pareció comprender mi pensamiento, y me dijo:

—Esto necesita una explicación, ¿no es verdad? Creo que ha llegado el momento de narrar á usted los pocos episodios de mi vida sencilla, pero agitada. Óigame usted.

Como usted sabe, he nacido en Londres. Mi padre era un honrado y pobre comerciante, que murió dejándonos una pequeña fortuna á mi madre, mi hermano Harry y á mí. Tenía yo veinticinco años cuando murió, siendo Harry dos años menor que yo. Vivíamos felices y tranquilos, cuando un dia Harry nos comunicó que se casaba. Fué un golpe para todos, que no esperábamos semejante cosa.

Yo amaba á Harry como á un hijo: mi naturaleza es esencialmente cariñosa y expansiva y uno de los más grandes placeres de mi vida es encontrar una persona más en el mundo á quien amar.

Harry era digno de ser querido: cariñoso, franco, con cierto tinte caballeresco y de una dulzura de carácter admirable. Me interesé, como era natural, en que me contara cómo se había enamorado y con quién pensaba casarse. Entonces, con ese placer con que los amantes cuentan la dulce historia de sus amores á las personas que saben las oyen con placer, me narró que en una de las más bonitas villas que rodean el Palacio de Cristal, había conocido á una bellísima criatura, á quien había tratado, visitado y pedido, sin comunicarnos nada por el placer de la sorpresa.

Para abreviar, diré á usted que Harry se casó y vino á vivir á casa con su bella esposa. Margarita era buena indudablemente; pero tenía un defecto, que en las mujeres de la época, y sobre todo en las niñas inglesas, es capital: era romántica. Habían llenado su cabeza de fantasmas é ilusiones los libros que había leído, y no podía conformarse con ser una buena esposa y mejor madre, sin que un solo sacudimiento agitase su vida celestialmente tranquila.

A los seis meses de casado, Harry tuvo un pequeño disgusto con Margaret: ésta se empeñó en que Harry la

llevara, disfrazada de hombre, á una lucha de *box* que se anunciaba en el condado de Lancáster, aunque el sitio era oculto. Harry primero la quiso disuadir suavemente, luego se burló de ella, y por último, ante su insistencia, se negó categóricamente.

Margaret cambió para él desde ese día, y no sin cierto desagrado, noté que buscaba mi compañía más á menudo que antes. Mi madre observaba y sufría en silencio.

Yo hacía todos los esfuerzos imaginables por venir á casa lo menos posible; creía comprender la venganza de Margaret, y á la vez que me indignaba, sentía un agudo dolor. Margaret era una mujer soberbia y su viciada educación intelectual le allanaba el camino de todos los caprichos y extravagancias.

Una tarde dibujaba en el jardín. Harry había ido á Richmond y mi madre estaba en su cuarto algo enferma. De pronto sentí pasos tras de mí y ví á Margaret que se adelantaba algo agitada. La saludé con una sonrisa y seguí mi trabajo.

Margaret llegó hasta mí: se apoyó con ambos brazos en el respaldo de mi silla, y abrasando mi frente con su aliento, mientras sentía su seno palpitar sobre mi hombro, me dijo con dulce voz:

—¿Qué pintas, Jorge?

—Una escena pastoril.

—Sí... prosiguió con voz entrecortada, ahí hay vida, hay alma, se siente, se sufre, se ama... Jorge...

Yo me levanté haciendo un esfuerzo; los oídos me zumbaban; tenía la vista nublada y la miserable condición de nuestra raquítica envoltura luchaba con la voz soberana del espíritu.

Cuando levanté los ojos, ví á mi madre que me llamaba de una ventana. Corrí á ella y la encontré sollozando en un sofá.

—Jorge, eres bueno y me amas. Tú no quieres que yo muera desesperada, que este hogar, tan sereno antes, se convierta hoy en un infierno. Hoy mismo vas á partir, hijo mío; tu madre, en nombre de la paz de tu vida y la de mi otro hijo, te lo ruega.

No necesitaba tanto: á la mañana siguiente partí para Liverpool, donde me embarqué para Nueva York. Tenía allí un tío comerciante y resolví ir á trabajar con él.

Desde este momento, amigo mío, mi vida ha sido una contrariedad no interrumpida. Figuraos que yo, el más tranquilo de los hombres, he tenido un duelo en los Estados Unidos. Un impertinente tuvo la peregrina idea de suponer que yo pretendía enamorar á su mujer: el hecho era que más de una vez, inocentemente, había acompañado á un compañero de oficina en sus excursiones amorosas. El marido ofendido me dió un bofetón en un hotel, tuve que romperle un brazo de un tiro y salir de Nueva York naturalmente.

Me embarqué para Francia y llegué á Burdeos, sin tener una sola relación y muy escaso de fondos: me empleé en un diario satírico, político, el que fué recogido al mes, deportados sus redactores, escapando yo milagrosamente. Tuve que abandonar Francia y pasar á Venecia, donde, haciendo detestables copias, logré ganar algo para vivir. Los austriacos, que quisieron complicarme en una conspiración patriótica, me quitaron mis pobres medios de subsistencia, lanzándome á recorrer Italia, ya de pintor ambulante, ya de profesor de inglés.

Por fin, en esa necesidad fatal que hay de ver la patria, me embarqué en Génova en un buque con destino á Glasgow. Desde allí he venido á Edimburgo, donde, como usted sabe, hace pocos días me encuentro.

En todo el tiempo de mi peregrinación no he tenido una sola noticia de mi familia. Creí un deber evitar toda comunicación que pudiera hacer fracasar el resultado de mi sacrificio.

Hoy, Dios me ha sonreído y mi buena madre me llama á sí.

¡Bendito sea el nombre del Señor!

## VII

Al día siguiente nos embarcamos juntos con Jorge para Londres.

Me ligaba ya con él una verdadera amistad.

Muchos años han pasado; aún hoy recuerdo con placer el plácido carácter del excelente amigo y cada carta suya es un soplo de cariño que liga nuestras almas á través del Océano.

MIGUEL CANÉ.



PINTURA DECORATIVA

## CANTARES

He de hacer un campanario
y pues hoy mi amor desprecias,
en su cúspide elevada
te pondré á tí por veleta.

—

Del cielo, tus claros ojos
han sido la envidia siempre,
pues en él se apaga el dia
y en tus ojos no anochece.

CASIMIRO PRIETO.



ESCULTURA DE ADORNO

## EPIGRAMA

Encontré ayer con su esposo
á mi amiga Salomé
y la dije afectuoso:
—¡Qué poco la veo á usté!
Era su escote atrevido
por delante y por detrás,
y repuso su marido:
—¡Aún quiere usté verla más!

LUIS LÓPEZ.



# LOS GRILLOS DE ORO

Á LA EMINENTE NOVELISTA AMERICANA

SRA. D.ª JUANA MANUELA GORRITI

I

Blas su mano á Psiquis dió
y hoy con Psiquis tanto brega,
que el desdichado reniega
del día que se casó.
Psiquis peca de celosa,
y, á su mal no viendo fin,
pasa Blas las de Caín
con los celos de su esposa.
Si al balcón, indiferente,
se asoma Blas, por azar,
no es dueño de saludar
á la vecina de enfrente.
Mostrando torpe recelo,
sus pasos Psiquis vigila,
y en vano, al verla intranquila,
Blas pone *el grito en el cielo.*
¡Claro! ¿qué ha de acontecer?
á poner *el grito*, Blas,

*en el infierno*, quizás
le oyera al fin su mujer.

II

Doncella, Psiquis, y rica;
Blas, ambicioso y soltero;
el diablo, casamentero...
¿qué sucedió? que la chica,
sin olvidar su decoro
ni faltar á sus deberes,
al decirla Blas:—¿Me quieres?
dijo sonriendo:—¡Te adoro!
Y un martes, que en todas partes
desdichas sin cuento augura,
se casaron ante el cura,
sin pararse en si era martes.
Y cuando, con fe no escasa,
Blas ser rico imaginó,
más mísero se encontró,
y vióse en su propia casa,
que en cárcel el interés
trocó, por toda conquista,
con centinelas de vista
y *grillos de oro* en los pies.

III

Blas en pedir no repara,
y en vano á Psiquis acosa,
pues de su amor tan celosa,
como de su hacienda avara,
teme Psiquis que al olvido
la dé, en el juego y la orgía,
y se quede el mejor día
sin dinero y sin marido.
Al ver que llantos y quejas
no vencen rigor tan fuerte,
Blas maldice de su suerte;
mas continúa entre rejas,
pues si sólo al oir su ruego,
la pérfida el ceño arruga,
como intente, Blas, la fuga
es capaz... ¡de hacerle fuego!
¡Y quién á escaparse acierta,
ansiando más dulce asilo,
si hasta en su sueño intranquilo
escucha voces de *alerta!*
Vertiendo, Blas, triste lloro,
hoy ve, y lamenta su error,
que no hay, si los forja amor,
peores *grillos* que los de oro.

—¡Por Dios, basta de torpezas!
le dijo ayer cierto amigo;
¿qué eres, en suma? ¡un mendigo
con mucha hambre de riquezas!
¿Quieres la felicidad?
pues busca, por tu salud,
más que oro en la esclavitud,
amor en la libertad.
—¡La libertad! ¡ay de mí!
Blas, gimiendo, contestó:
¡Bruto, un día, la salvó!
¡yo, por *bruto*, la perdí!

CASIMIRO PRIETO.



# PARA EL HOGAR

Mira: el niño es viviente poesía.
No hay ritmo ni armonía
que igualen á su risa y á su acento.
En los labios del niño
voces de queja ó frases de cariño
responden á un divino sentimiento.

¡Ah! ¡déjalo que esparza la dulzura
de su risa! ¡Es tan pura
de un alma en su principio la alegría!
Deja á ese íntimo canto
que suene sin palabras, himno santo
del niño que es viviente poesía!

1889. GUILLERMO MATTA.

# IDILIO Y TRAGEDIA

## I

María era una bella joven hija del Cuzco.

Habitaba sola una pobre choza en la vertiente de un cerro, á cuyo pie corren las aguas del Huatanay, antes de arrojarse en el hondo cauce abierto á través de la ciudad.

Huérfana desde la edad de doce años, su infancia fué triste y solitaria, sin más sombra protectora que la de los árboles del huertecito plantado por sus padres en la contigua hondonada, y donde en una misma tumba dormían éstos el eterno sueño.

Mientras ellos vivieron, María jugaba alegre bajo aquellas frondas. Después, no jugaba ya: oraba y lloraba sobre la oculta sepultura.

Los indios, en su poética lengua, cuando veían en las laderas del cerro ó á orillas del río, pasar aquella hermosa joven de ojos y cabellos negros, siempre sola y meditabunda, llamábanla «la hija de la tristeza.»

La solitaria huérfana repartía su vida entre el cuidado del huerto, única herencia de sus padres, y el de un rebaño de corderillos *huachos* [1], á ella confiados por los vecinos ganaderos.

María amaba á estos inocentes seres, y como los pastores de los poéticos idilios, les consagraba, al par que su cariño, cuidados exquisitos.

Uno, sobre todo, era objeto de sus predilecciones.

Habíalo arrebatado recién nacido, á los dientes de la añatuya, y lo amaba con la ternura que inspira aquel á quien se ha preservado de la muerte.

Su blanco vellocino era lavado todos los días; y cuello y orejas adornados con motas de lana roja.

Así pasó María seis años de su vida.

## II

Un día que la huérfana, seguida de su favorito, cogía flores en las sinuosidades de las peñas, un soldado desertor

[1] Sin madre.

que por allí pasaba, huyendo, apoderóse del corderillo y se alejó con el andar rápido del ladrón y del fugitivo.

María corrió tras él, demandando auxilio con gritos desesperados.

Mas aquellos parajes estaban desiertos y el raptor le adelantaba gran trecho en la solitaria cañada. Apenas se percibía el balar del corderillo, respondiendo á los lamentos de su dueño.

De pronto un hombre, surgiendo del fondo de un barranco, abalanzóse al fugitivo, asiólo por el cuello, y arrancándole su presa, dejólo huir y desaparecer en las revueltas de los cerros.

María, radiante de gozo, corrió desolada al encuentro de aquel protector inesperado.



Era un joven apuesto, de moreno y varonil semblante.

La huérfana, al verlo de cerca, detúvose con un movimiento de ruborosa confusión, exclamando:

—¡El hijo del cacique!

—¡Me conoce! dijo él, con gozosa sorpresa.

—Hace un año, replicó ella, ruborizándose aún más, en la iglesia, la noche de Navidad.

—Donde yo escuchaba, extasiado, á una divina criatura que cantaba alabanzas al Señor, con una voz dulce como el arrullo de las tórtolas que anidan en los peñascos de Urubamba. Desde entonces, la imagen de la una, y el eco de la otra, grabáronse para siempre en mi corazón.

Hablando así, Pablo, el hijo del cacique, contemplaba á la joven con expresión de apasionado amor.

María levantó hacia él su candorosa mirada.

Pablo leyó en ella, y un torrente de gozo inundó su alma.

III

Desde entonces, la vida tornóse para la huérfana un delicioso ensueño.

Sus paseos no eran ya solitarios: aguardábala el hijo del cacique á la vuelta de algún peñasco, para salir á su encuentro; y el uno al lado del otro, *mirando en sus ojos, sus ojos,* vagaban, solos, en la florida pradera, sin más compañía que su amor.

¿Solos?

¡No! porque, arrastrándose bajo los matorrales, como una fiera en acecho, pálido el semblante, airados los ojos, una mujer seguía sus pasos.

Era Fáala, hija de una tribu nómada, que perseguida por sus crímenes entre los hijos de las selvas, había venido á plantar sus toldos en el valle.

Joven y bella, Fáala llevaba en la sangre los feroces instintos de su raza, que dormitaban, latentes aún, en su seno virginal.

Un día vió á Pablo, y lo amó con la avasalladora pasión de una salvaje.

Y Pablo, en la imprevisión y ligereza de la juventud, sonrió á las miradas apasionadas de Fáala.

Pero aquellas sonrisas convirtiéronse en ceño adusto y desdeñoso, cuando el joven comprendió que el amor de Fáala era una pasión inmensa, impetuosa, que venía á interponerse, como un abismo, entre él y su amada.

Fáala no quería aceptar aquella indiferencia. El corazón de ese hombre debía ser suyo. ¿No le había sonreído? Y ¿no era esa sonrisa alentar su amor?

Esa alma ardiente no conocía el dulce lenitivo que tanto alivia las penas de amor: la resignación.

Y cuando descubrió que Pablo amaba á otra, su dolor convirtióse en rabia; y ya sólo pensó en combinaciones siniestras que la vengaran del ingrato y de aquella que le había robado su amor.

Desde entonces fué la sombra de los dos amantes.

Los seguía por todas partes, ora deslizándose entre las altas hierbas, ora oculta entre las grietas de los peñascos; llorando, maldiciendo, mesando sus cabellos, rasgándose con las uñas el pecho, y no obstante, encontrando deleite en aquel martirio.

## IV

Pablo y María van á unirse en breve, para siempre.

Entretanto, ella, la que antes se dormía con el último canto de las aves, pasa ahora las noches en vela, escuchando las trovas de amor que su amante le envía en la voz de la quena; trovas cuyos ecos, aunque lejanos, hacían vibrar deliciosamente en su alma el sentimiento que antes le era desconocido.

Pero siempre, tras esos dulcísimos acentos, María oía. lejano también, un rugido de rabia, que, traído por el viento, pasaba sobre ella como una amenaza.

Y los indios de los contornos, escuchando aquel siniestro aullido, cerraban sus chozas, murmurando con espanto:

—El *Yanauturuncu* [1].

María, como ellos aterrada, escondía bajo la almohada la pálida frente, llamando al sueño, que no llegaba sino acompañado de fatídicas visiones. Entre éstas, una, persistente, aterradora; un rostro, á la vez rabioso y desolado, que la miraba con ojos en que flameaba el odio; y se acercaba, se acercaba... iba á devorarla...

María, exhalando un grito, despertaba trémula y las sienes bañadas en frío sudor...

Pero la dorada luz de la aurora sonreía ya en el cielo; los pajarillos cantaban en la fronda del huerto, donde Pablo la aguardaba, junto al sepulcro de sus padres.

## V

Llegó, por fin, el día en que los dos amantes iban á unirse para siempre.

En sus últimas horas, María, henchido el corazón de felicidad, vaga cogiendo flores en las orillas del río. Blancos lirios, rojas anémonas, arirumas color de oro y azules, agrúpanse en su mano, mezclando sus perfumes. Es el ramillete de la desposada.

La joven divisa un heliotropo que inclina sobre el agua sus moradas flores.

[1] El tigre negro.

María corre á cosecharlas, dejando sobre la arena su abultado ramillete.

En ese momento, debajo una coposa mata de salvia, como un fantasma salido del centro de la tierra, alzóse una figura siniestra.

Imposible habría sido reconocer á la bella Fáala en aquel semblante demudado por el dolor y la cólera.

Con un gesto de sangrienta amenaza desapareció, para tornar luego, agazapándose entre los matorrales, en la mano una flor de lívidos matices: la *huañuscca*, de aliento letal.

El ramillete de María estaba á su alcance. Extiende la mano, oculta entre sus balsámicos pétalos la terrible flor, y huye, murmurando con los sonidos guturales de su selvática lengua:

—No quieres ser mío; mas tampoco... ¡oh! ¡tampoco serás de ella!

Cuando María volvió á coger su ramillete, sintió en el aire, algo extraño, así como un hálito enemigo.

—Restos de mis terrores, dijo, sonriendo á las ondas de perfume emanadas de su ramillete.

## VI

Dios ha bendecido, en el ara del altar, la unión de los dos amantes.

—Sed el uno del otro para siempre, les ha dicho el sacerdote del Altísimo.

En la puerta del templo hanse despedido de los suyos; y se alejan solos, y entrelazados sus brazos, cual en adelante, á través de la vida.

María ha querido pasar la primera noche de amor en la mansión de sus padres.

Alegres guirnaldas adornan el techo y las paredes de la humilde choza. En medio á la almohada conyugal, ostentase como en un trono el ramillete cogido á las orillas del río, interponiéndose y mezclándose á los besos de los amantes, embriagados con su perfume.

Pero aquella embriaguez ¿no es más bien un desvarío?

—¡Qué profundo silencio en torno nuestro, amado mío! ¡mi esposo! Estamos solos en el Universo.

—¿Solos? ¡No, mi adorada! ¿y nuestro amor?

—¡Ah! ¡sí! ¿No es verdad que es inmenso, cual no ha existido otro en la tierra?

—Amada mía, mis labios están sobre los tuyos; y sin embargo, no siento su contacto... mis brazos ciñen tu cuerpo, y no obstante, paréceme que abrazo el vacío.

—Mi espíritu y el tuyo, desprendidos de la materia, flotan unidos en un océano de doradas nubes, que nos mecen en sus ondas tibias y transparentes...

—Nada que nos recuerde la tierra...

—Nada, sino este delicioso perfume, que nos eleva, como el humo de incienso, á esas que divisamos...

—Regiones de eterna luz...

## VII

Estrechado el uno al otro, y elevados al cielo sus ojos, los dos amantes quedaron inmóviles, silenciosos, sus miembros helados por la muerte.

A ese tiempo, detrás el lecho nupcial, alzóse la fatídica figura de Fáala, que sonriendo con cruel sonrisa:

—Ni mío ni tuyo, gritó, acercando los convulsos labios al oído extinto de María. Me arrebataste su amor, y lo paseabas triunfante, mientras yo, sangrado el corazón de dolor y de rabia, arrastrábame en pos de tu dicha para contemplarla y maldecirla. ¡Ah! ¡creíaste unida á él para siempre! ¡Ah! ¡ah!... el tenue viento que la noche levanta á esta hora, me bastará para apartar tus cenizas, de las suyas, esparciéndolas en los cuatro ángulos del espacio.

Y arrebatando la lámpara, tea nupcial que alumbraba aquella escena de amor y de muerte, incendió, desde los cimientos hasta el pajizo lecho, la pobre choza, convertida luego en un montón de cenizas, que el *tenue viento de la noche* esparció en los cuatro ángulos del espacio.

JUANA MANUELA GORRITI.

Marzo de 1889.





# D. Salvador Rueda

DISTINGUIDO LITERATO ESPAÑOL

# LO QUE NO MUERE

Cayó en tierra la lira
y estallaron sus cuerdas armoniosas;
las que en el arte admira
de Grecia y Roma nuestra ansiosa mente
bellezas ideales,
como granos de efímera simiente
cayeron en desiertos arenales.
«¡Profanación, profanación!» resuena
por donde el alma, ansiosa de armonías,
tiende la vista de terrores llena.
Los antiguos altares,
por angulosas manos sacudidos,
desgranaron sus muros y sillares;
y ya en vez de las arpas elocuentes
llenas de fe de los pasados días,
dilatando su bárbaro estampido
en la fragua que informe se levanta,
golpeando en el hierro enrojecido
el tremendo martillo es el que canta.

¿Labra engendros ó dioses? ¡Quién lo sabe!
De las tinieblas de la noche fría
á veces sale preludiando el ave;
pero está, ruiseñor la poësía,
mejor que junto al yunque que ennegrece
bebiendo luz en la región del día.

Cuando osado á la piedra arrebataba
el heleno cincel rayos brillantes
arrancando á lo informe la escultura,
de sus golpes el coro acompañaba,
como á tremenda lid himnos guerreros,
la lira que sublime resonaba
tocada por los Píndaros y Homeros.
Hoy que la estatua del moderno culto
labra el martillo sobre el yunque fuerte
y los clásicos moldes se quebrantan,
en el concierto que el horror entona
¿quién coloca á la estatua su corona?
¿qué Homeros y qué Píndaros la cantan?

La culta estrofa, de lo antiguo pasmo;
la elaborada con buril de fuego;
la que provoca el vívido entusiasmo
y de la patria el sentimiento ciego;
la que narra las fiestas regaladas

de los dioses helénicos vencidos,
y halaga los oídos
en las noches de Roma bulliciosa,
cuando el festín, sus risas desatadas
cantando libre y delirante coro,
brilla al estruendo de las copas de oro
bajo el techo de bóvedas doradas;
la estrofa añeja como rancio vino
de gotas por la luz hechas colores
en que Horacio divino
como en gallardo búcaro de flores
hace brillar su ingenio peregrino;
la que de Mantua gime en los verjeles
cantada por las fuentes rumorosas
y repite el pastor enamorado
que congrega el ganado
en el idilio con dosel de rosas;
la que espléndida y bella se desliza
como á los hombros túnica sujeta,
es músculo y es nervio en que analiza
el sutil microscopio del poeta.

¿Qué se han hecho los dioses de otros días,
los dioses que las selvas custodiaron
y en las fuentes alzaron
palacios de cristal y melodías?
Ya no mira Narciso su belleza
en los espejos trémulos del lago,
ni atraviesa la gran naturaleza
Diana al recorrer los horizontes
que el mar azul abraza,
despertando los ecos en los montes
con sus trompas magníficas de caza.
Ya la flauta de Pan no se estremece
al dulce soplo de la blanda siesta,
ni la ninfa del bosque se recuesta
en el lecho del agua en que se mece.
En su concha de nácar irisada,
no piensa en el amor, adormecida,
Venus como una estatua cincelada,
ni le sigue la escolta divertida
de tritones cercando á las nereidas
de la playa sin fin entre la bruma,
cuando la ondina aparta los cristales
para sacar el pecho de la espuma.
Todo lo hermoso, lo que el pecho llena
de nobles resplandores,
roto ó volcado lo contempla el alma
por espíritus torpes en su vuelo,
que ambicionan tirar, porque son bellas,
del pabellón espléndido del cielo
para arrojar al suelo las estrellas.

Pero no basta á la razón ignara
su vil encono y superior destreza
para los dioses derribar del ara;
¡les sostiene la ley de la belleza!
No importan los discursos esplendentes
de frase, como el número precisa;
á compás de sus sones elocuentes,
muertas de risa correrán las fuentes
y los vergeles morirán de risa.
Escuchando las cláusulas hermosas,
estará con el vuelo recogido
parado el aire en las abiertas rosas;
pero enojado del discurso vano
reprobará los párrafos ardientes
y apóstrofes de llamas,
levantando silbidos estridentes
en las hojas flotantes de las ramas.

—«¡Muere el ritmo!»—dirá la voz tronante
del orador, mostrando su entereza;
y el ritmo palpitante
seguirá la canción de las canciones;
¡la del amor, á coro levantada
por todos los ardientes corazones!

—«¡Muere el color!»—y desde el rosa leve
de la flor del almendro, flor primera
que tímida corona
la dulce primavera,
hasta la rosa de matiz brillante
y oscuro terciopelo,
la escala de las tintas y colores
vibrará como canto sin sonidos,
y formará explosiones ideales
de tonos verdes, rojos y encendidos.

—«¡Muere la nota!»—en el feraz ramaje
que rodea las cunas de los nidos
de verde cortinaje,
ora sonando el canto que en la siesta
de los gárrulos pájaros se exhala,
ora en la tarde al comenzar su fiesta
formando el ruiseñor plácida escala,
que es dulce voz de la nocturna orquesta,
ya imitando el canario en los hechizos
de su reir sonoro
rumores de granizos
en cálices de oro;
cuanto insecto á la luz zumba su nota
lanzando breve y prolongado grito,
y cuanto dice el céfiro á las flores,
llenarán el pentágrama infinito
de preludios, arpegios y rumores.

¡No muere, no, la santa poësía!
Mientras conserven lágrimas los ojos
y el humano cerebro fantasía;
mientras la cuna que columpia al niño
como al nido de pájaros la rama,
se corone de besos y cariño
como de chispas la radiante llama;
mientras haya unos ojos que nos miren
con promesas de amor puras y hermosas,
y en los blancos capullos donde giren
las crisálidas tiemblen y suspiren
por volverse doradas mariposas;
mientras forjando nubes de colores
el crepúsculo triste y angustiado
haga entreabrir los labios al suspiro,
y el resplandor que en los espacios arde
dibuje entre las nieblas de la tarde
rotondas de oro y templos de zafiro;
mientras haya una flor que guarde el beso
de las luces del sol, y un niño cante,
y un ósculo nos dé madre querida,
y haga el dolor de la existencia mofa,
entonará, como al surgir la vida,
el Universo su inmortal estrofa.

¡Mirad la cuesta del esfuerzo humano!
Por las agrias veredas que conducen
á su cima inmortal, del hondo llano,
sobre cráneos y lúgubres escombros
de anteriores ejércitos señales,
buscando ansiosos las triunfantes palmas,
con su mundo de anhelos en los hombros
Sísifos del dolor suben las almas.
En la cima elevada, genios, reyes,
celebrados poetas y pintores,
sabios artistas y apiñadas greyes,
la sien ceñida de inmortales flores,
os guardan la victoria
y el puesto merecido y señalado
que alcanza el fatigado
paso que lleva á la brillante gloria.

¡Sísifos de lo bello! nada arredra
la fe que al triunfo aspira:
¡arriba con la piedra!.
¡arriba con la lira!

SALVADOR RUEDA.

1889.



# TUS OJOS

EN EL ABANICO DE LA PRECIOSA SEÑORITA

María Elisa Lavarello

De alguien en acecho, acaso,
tus ojos, bella María,
vi con temor, y no escaso,
tras del varillaje, un día,
de tu abanico de raso.

Y huí de tí con afán,
cediendo á justo recelo,
pues aunque llenos están
de resplandores de cielo
y de atracciones de imán;

Sé, y no te causen enfados
los temores que en mí adviertes,
que, hechiceros y rasgados
y de ese modo emboscados,
han hecho ya varias muertes.

Casimiro Prieto.



D. Teodoro Guerrero

DISTINGUIDO NOVELISTA CUBANO

# SEMBLANZA HUMORÍSTICA

## TEODORO GUERRERO

Para mí no hay escritor más galano, más castizo, más inspirado, más profundo que Teodoro Guerrero; es mi autor favorito; simpatizo tanto con él y con sus obras, que sus ideas son mías, y mía es su inspiración, y hago míos sus errores.

Para conquistar la fama, no necesitó Guerrero alquilar sus cien trompetas, ni dar continuos paseos por el vivac de la prensa que llaman la gacetilla, ni apretar la mano á los críticos, ni adular á los editores y empresarios de teatros, ni llevar sus obras de puerta en puerta para imponerlas al público que paga á dos cuartos el pliego contra la moral: absolutamente nada del sistema conocido.

Guerrero escribe en un libro de memorias que le basta para escalar el templo de la inmortalidad: un librillo de papel de Alcoy para hacer cigarros, en cuyas hojas estampa sus pensamientos, que después se fuma. La escena no retumba con el estrépito de los aplausos... de *la claque;* no compra coronas de laurel para que sus amigos se las arrojen en el teatro; no escribe alabanzas propias; no ensangrienta su pluma, empapándola en veneno para que las heridas de la crítica sean *mortales;* milita en las filas de los poetas *bonachones* que tienen la candidez de acordarse de la familia y de la moral; no se desata en improperios contra las mujeres; no adula á los grandes y detesta la política. ¿Cómo pretende hacerse célebre?...

Y sin embargo, confieso que aunque admiro á los grandes escritores de España, de Francia, de Italia y de Alemania, á todos los dejo por Guerrero: cuando escribe, me encanta; cuando habla, me deleita; cuando se mira al espejo, me miro en sus ojos. No es extraña esta especie de idolatría; conocí un hombre que todos los días, al levantarse, besaba el retrato de Byron por el efecto que le produjo su *Don Juan.*

¿Habéis leído los *Cuentos de salón?*—¡Oh! ¡Los sé de memoria! Aconsejo á todos, grandes y pequeños, que compren la colección; son libros que no deben pedirse pres-

tados, pues para aprovecharse de las buenas doctrinas que encierran, es preciso comprarlos. Para las familias, los *Cuentos de salón* son como las camisas: indispensables. Cada individuo debe tener los suyos.

Es tanta mi simpatía por Teodoro Guerrero, que el día que muera, moriré con él.

TEODORO GUERRERO.

FÉ DE ERRATAS.—Al entrar en prensa el pliego, advierto mi descuido, y me turbo. Buscaba un amigo que firmara mis alabanzas, y por distracción estampé mi nombre al pie de la semblanza. Ya no tiene remedio, porque me han sorprendido. No me queda otro recurso que poner estas líneas:—En la firma, donde dice *Teodoro Guerrero*, léase *Juan Pérez* ó *Manuel Gómez*.—T. G.

## EL POETA Y LOS CERDOS

Á DON JOSÉ ZORRILLA

Subyugando á la musa veleidosa
con una inspiración omnipotente,
robusta, vigorosa,
más brillante que el sol, y más hermosa
que los ensueños del amor naciente,
pulsó el genio viril el arpa de oro
y la arrancó unas frases tan galanas
que forman el tesoro
más rico de las letras castellanas.
Vertió por su camino seda y raso,
montones de esmeraldas y de perlas
y lágrimas y flores... y al verterlas
pensó el poeta acaso:
—Cuando lleguen á ver mis creaciones
otras generaciones,
me darán los honores de la gloria,
y así mi nombre pasará á la historia.—
¡Buen chasco se llevó! ¡Quién sospechara
que fuera tan tremenda la injusticia!
Lo que vino detrás fué una piara
de puercos, deseosos de inmundicia,
á meter las narices asquerosas
en las piedras preciosas.
Y al mirar los brillantes esparcidos,
—Sigamos adelante (dijo un guarro
desahogando la rabia con gruñidos),
esto no vale nada. ¡Aquí no hay barro!

SINESIO DELGADO.



# ANGELICA FARFALLA *

Hay un ángel en tí. Tu gentileza
respira la inocencia virginal.
Hay algo de divino en tu belleza,
hay algo de la gracia angelical.

—

¡Qué suprema dulzura en tu sonrisa,
y qué adorable luz en tu mirada!
Un alma blanca y pura se divisa
en tu casta pupila enamorada.

—

Tienes el nombre que sirvió de lema
del candor de la arcilla femenina:
el nombre augusto, de pureza emblema,
el de la «Virgen» — la mujer divina.—

—

La línea de tu talle delicado
formas de lirio imprime en tu vestido;
confúndese tu busto inmaculado
con su broche gentil de aroma henchido.

* *Angelica farfalla* es una expresión del Dante en la «Divina Comedia» y significa, *Mariposa angelical.*

¿Cuándo tus grandes ojos de querube
rápidos pasan por mi triste frente,
acaso leen, en su sombría nube,
lo que ella oculta, pero el alma siente?

—

¡Quién puede verte sin amarte luego!
*¡Quién puede amarte, sin morir de amores!*
¡Sin echar á tus pies ruegos de fuego,
llenos de besos, sueños y de flores!

—

Al leer estas estrofas, algún día,
de un corazón envuelto en su tristeza,
tal vez que ni sospeches quien te envía
este humilde tributo á tu belleza.

Leonel de Alencar.

# JUANA

POEMA MICROSCÓPICO

I

Era Juana un modelo de casadas,
una de esas mujeres de alma pura,
que nacen para amar y ser amadas
y lucen la bondad con la hermosura.
Esclava de un marido calavera,
y triste y resignada con su suerte,
cruzaba, como un mártir, la carrera
que lleva á los umbrales de la muerte.
Y el mundo, que miraba su agonía
y el proceder infame del marido,
la saludaba al paso y repetía:
—Tan bárbaro opresor merece olvido.

II

Y Juana se olvidó de sus deberes
y amó, Dios sabe á quién, con alma entera,
buscando en la ilusión de los placeres
el término feliz de su carrera.
Que arrepentida ya de su heroísmo,
y escudada quizá con su belleza,
rodó por la pendiente del abismo
hasta hundir en el cieno su pureza.
Y el mundo, que miraba atentamente
á la pobre mujer envilecida,
aún se atrevió á escupir sobre su frente:
—¡Que tal merece la mujer que olvida!

J. Navarro Reza.



# EL VELO DE LA REINA MAB

La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló por la ventana de una buhardilla donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos é impertinentes, lamentándose como unos desdichados.

Por aquel tiempo, las hadas habían repartido sus dones á los mortales. A unos habían dado las varitas misteriosas que llenan de oro las pesadas cajas del comercio; á otros unas espigas maravillosas que al desgranarlas colmaban las trojes de riqueza; á otros unos cristales que hacían ver en el riñón de la madre tierra oro y piedras preciosas; á quienes cabelleras espesas y músculos de Goliat y mazas enormes para machacar el hierro encendido, y á quienes talones fuertes y piernas ágiles para montar en las rápidas caballerías que se beben el viento y que tienden las crines en la carrera.

Los cuatro hombres se quejaban. Al uno le había tocado en suerte una cantera, al otro el iris, al otro el ritmo, al otro el cielo azul.

*
* *

La reina Mab oyó sus palabras. Decía el primero:—

¡Y bien! ¡Héme aquí en la gran lucha de mis sueños de mármol! Yo he arrancado el bloque y tengo el cincel. Todos tenéis, unos el oro, otros la armonía, otros la luz; yo pienso en la blanca y divina Venus que muestra su desnudez bajo el plafón color de cielo. Yo quiero dar á la masa la línea y la hermosura plástica, y que circule por las venas de la estatua una sangre incolora como la de los dioses. Yo tengo el espíritu de Grecia en el cerebro, y amo los desnudos, en que la ninfa huye y el fauno tiende los brazos. ¡Oh Fidias! Tú eres para mí soberbio y augusto como un semidiós, en el recinto de la eterna belleza, rey ante un ejército de hermosuras que á tus ojos arrojan el magnífico *chitón*, mostrando la esplendidez de la forma, en sus cuerpos de



rosa y de nieve. Tú golpeas, hieres y domas el mármol, y suena el golpe armónico como un verso, y te adula la cigarra, amante del sol, oculta entre los pámpanos de la viña virgen. Para tí son los Apolos rubios y luminosos, las Minervas severas y soberanas. Tú, como un mago, conviertes la roca en simulacro y el colmillo del elefante en copa del festín. Y al ver tu grandeza siento el martirio de mi pequeñez. Porque pasaron los tiempos gloriosos. Porque tiemblo ante las miradas de hoy. Porque contemplo el ideal inmenso y las fuerzas exhaustas. Porque á medida que cincelo el bloque me ataraza el desaliento.

*
* *

Y decía el otro:—Lo que es hoy romperé mis pinceles.

¿Para qué quiero el iris, y esta gran paleta del campo florido, si á la postre mi cuadro no será admitido en el Salón? ¿Qué abordaré? He recorrido todas las escuelas, todas las inspiraciones artísticas. He pintado el torso de Diana y el rostro de la Madona. He pedido á las campiñas sus colores, sus matices; he adulado á la luz como á una amada y la he abrazado como á una querida. He sido adorador del desnudo, con sus magnificencias, con los tonos de sus carnaciones y con sus fugaces medias tintas. He trazado en mis lienzos los nimbos de los santos y las alas de los querubines. ¡Ah, pero siempre el terrible desencanto! ¡El porvenir! ¡Vender una Cleopatra en dos pesetas para poder almorzar! ¡Y yo, que podría, en el estremecimiento de mi inspiración, trazar el gran cuadro que tengo aquí dentro!...

*
* *

Y decía el otro:—Perdida mi alma en la gran ilusión de mis sinfonías, temo todas las decepciones. Yo escucho todas las armonías, desde la lira de Terpandro hasta las fantasías orquestales de Wagner. Mis ideales brillan en medio de mis audacias de inspirado. Yo tengo la percepción del filósofo que oyó la música de los astros. Todos los ruidos pueden aprisionarse, todos los ecos son susceptibles de combinaciones. Todo cabe en la línea de mis escalas cromáticas. La luz vibrante es himno, y la melodía de la selva halla un eco en mi corazón. Desde el ruido de la tempestad hasta el canto del pájaro, todo se confunde y enlaza en la infinita cadencia. Entretanto, no diviso sino la muchedumbre, que befa, y la celda del manicomio.

*
* *

Y el último:—Todos bebemos del agua clara de la fuente de Jonia. Pero el ideal flota en el azul; y para que los espíritus gocen de su luz suprema, es preciso que asciendan. Yo tengo el verso que es de miel y el que es de oro y el que es de hierro candente. Yo soy el ánfora del celeste perfume; tengo el amor. Paloma, estrella, nido, lirio, vosotros conocéis mi morada. Para los vuelos inconmensurables tengo alas de águila que parten á golpes mágicos el huracán. Y para hallar consonantes, los busco en dos bocas que se juntan; y estalla el beso, y escribo la

estrofa, y entonces, si veis mi alma, conoceréis á mi Musa. Amo las epopeyas, porque de ellas brota el soplo heroico que agita las banderas que ondean sobre las lanzas y los penachos que tiemblan sobre los cascos; los cantos líricos, porque hablan de las diosas y de los amores; y las églogas, porque son olorosas á verbena y á tomillo y al sano aliento del buey coronado de rosas. Yo escribiría algo inmortal; mas me abruma un porvenir de miseria y de hambre...

*
* *

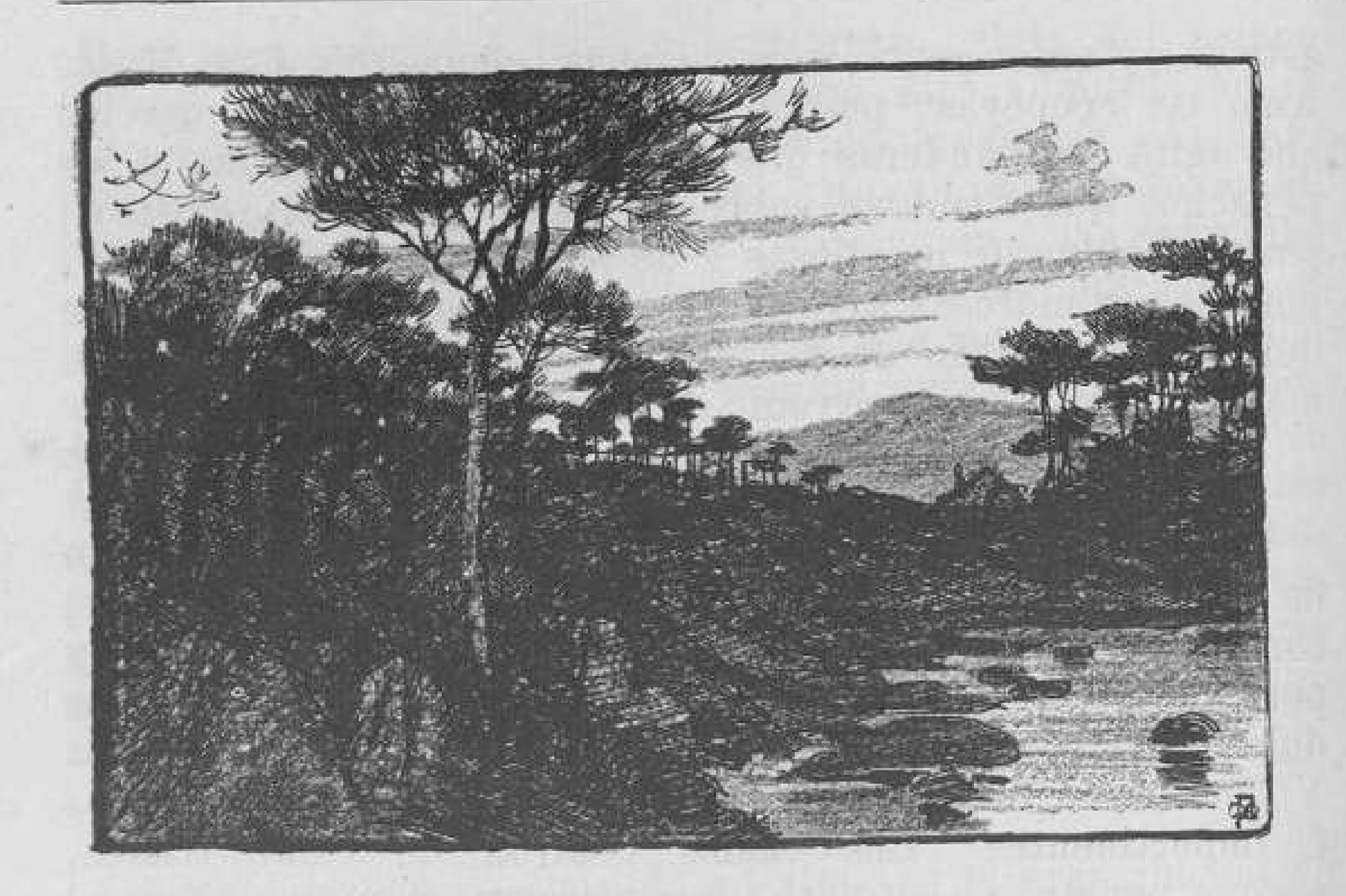
Entonces la reina Mab, del fondo de su carro hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros ó de miradas de ángeles rubios y pensativos. Y aquel velo era el velo de los sueños, de los dulces sueños que hacen ver la vida de color de rosa. Y con él envolvió á los cuatro hombres flacos, barbudos é impertinentes. Los cuales cesaron de estar tristes, porque penetró en su pecho la esperanza, y en su cabeza el sol alegre, con el diablillo de la vanidad, que consuela en sus profundas decepciones á los pobres artistas.

Y desde entonces, en las buhardillas de los brillantes infelices, donde flota el sueño azul, se piensa en el porvenir como en la aurora, y se oyen risas que quitan la tristeza, y se bailan extrañas farandolas alrededor de un blanco Apolo, de un lindo paisaje, de un violín viejo, de un amarillento manuscrito.

RUBÉN DARÍO.

Valparaíso.





# CE QUE JE VEUX

(DE EMILIO ZOLA)

¿Sabéis lo que ambiciono?... En la ladera,
cuando Mayo comience á sonreirnos,
una cabaña que se esté mirando
en el espejo diáfano de un río;

—

En el fondo y oculto por las ramas
donde llegar no pueda otro camino,
junto del que hacen las palomas blancas,
allí quisiera entretejer mi nido;

—

A lo lejos, tocando el horizonte,
sobre una roca gris, bajo los pinos,
escuchar las canciones que la brisa
murmure por las tardes á mi oído;

—

Una cadena de profundos valles
por donde crucen en revuelto giro
bajo el verde follaje, los arroyos,
siempre inquietos y siempre cristalinos;

—

Donde inclinen, al peso de las flores,
su plateada cabeza los olivos;
donde las vides, como amantes locas,
trepen saltando sobre agudos riscos...

¿Sabéis lo que ambiciono?... Es una senda
fresca como la cuna de los niños,
que transforme el umbral de mi cabaña
en umbral de risueño paraíso!

—

Una alfombra de musgo embalsamado
cubierta de alhucema y de tomillo,
bajo las ramas de un rosal silvestre
que sirva de dosel á mis dominios...

—

Después que así mi pueblo haya formado
lo que quiero, también, en mi retiro,
es ver flotar mis sueños de poeta
bajo la sombra del follaje umbrío!. .

—

Mas, lo que yo ambiciono, sobre todo,
y sin lo cual de mi poder abdico,
lo que ambiciono en mi pequeño mundo
es una reina de dorados rizos!...

—

Reina de amor, con el acento dulce,
pálida frente y ojos pensativos,
y cuyos pies pequeños, sobre el musgo,
ni lo marchiten, ni produzcan ruido!...

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 1889.



# ÍNDICE LITERARIO

# ÍNDICE ARTÍSTICO

## RETRATOS



## VARIEDADES

# SOMBRAS CHINESCAS




OBRA ORIGINAL

DE

## CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS

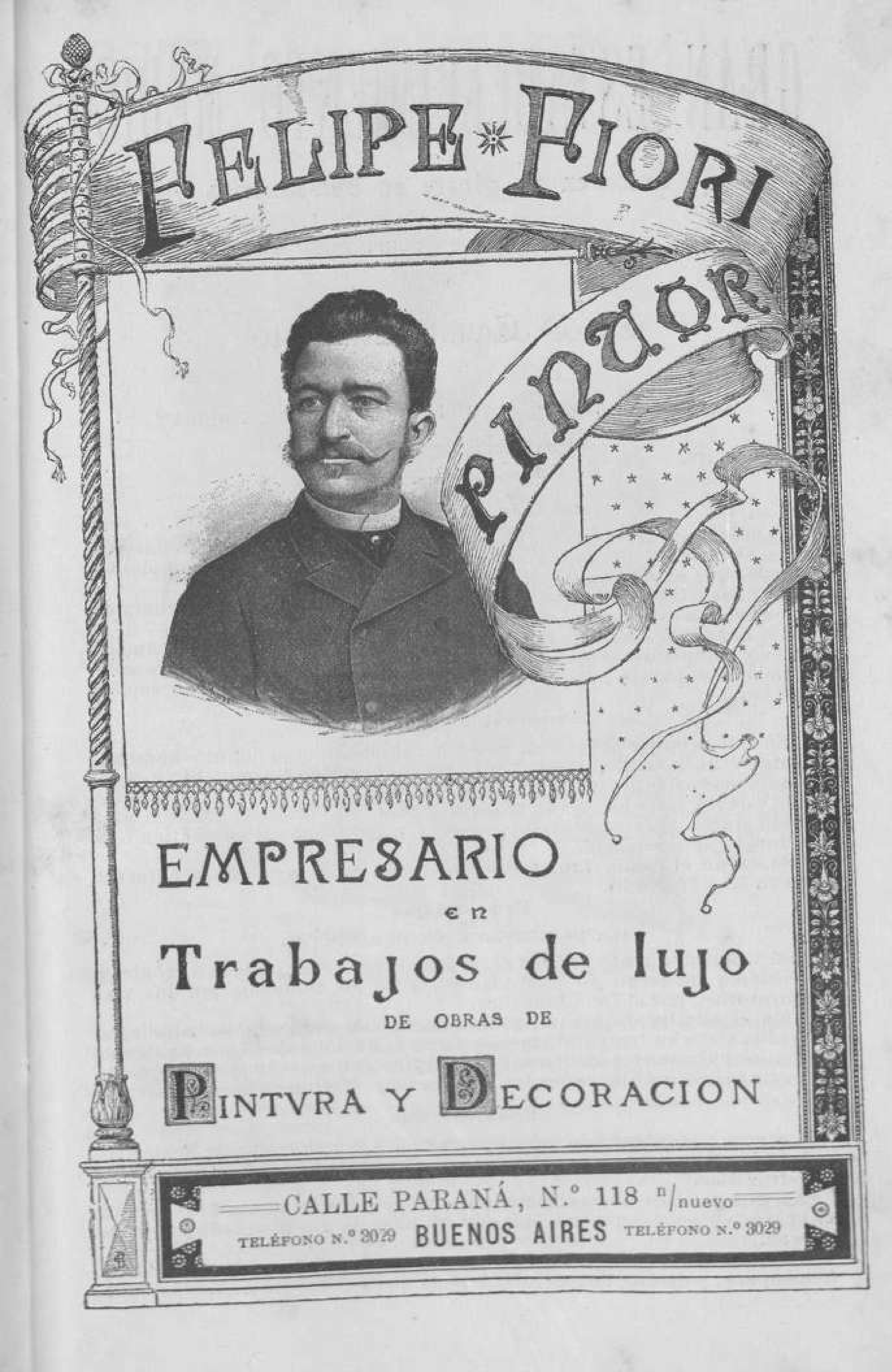
CON UN PRÓLOGO DEL EMINENTE LITERATO ARGENTINO

DON RAFAEL OBLIGADO

ILUSTRADA POR

**APELES MESTRES**

Esta obra, que tanto por sus condiciones literarias como por sus chispeantes ilustraciones, creemos llamará poderosamente la atención de nuestros favorecedores, se publicará á mediados de este año.


FELIPE FIORI
PINTOR
EMPRESARIO
en
Trabajos de lujo
DE OBRAS DE
PINTURA Y DECORACION
CALLE PARANÁ, N.º 118 n/nuevo
TELÉFONO N.º 3029 BUENOS AIRES TELÉFONO N.º 3029

# ESTUDIO FOTOGRÁFICO

BAJO LA DIRECCIÓN DE




## A. ALDANONDO

En este establecimiento se sacan retratos todos los días, aunque llueva, como si fueran tomados en día de sol.

Tarjetas comunes ó abrillantadas, victoria, álbum, panale, imperiales, grupos de familia, cuadros al óleo, engrandecimientos para fotógrafos, copias de tarjetas en fotografía ó al óleo, fotografías sobre lienzo al óleo para los pintores.

La casa cuenta con grandes aparatos para estos trabajos, retratos microscópicos al lápiz, carbón, etc., etc.

También se encarga de sacar copias de tarjetas en gran tamaño en fotografía ó al óleo para la campaña ó provincias, con sólo mandar una tarjeta bajo sobre, las señas de colorido, de los ojos, pelo, barba, etc.

La misma casa se encarga de remitir los trabajos á su destino.

**PRECIOS SIN COMPETENCIA**




## GRAN DEPÓSITO

DE

# Vinos puros

DEL

## PRIORATO Y ARAGÓN

---

Servicio esmerado de los más ricos vinos de las indicadas comarcas. — Completo surtido de vinos de mesa y especiales, lo mismo en las clases usuales que en los rancios más exquisitos de los principales cosecheros.

SE SIRVE A DOMICILIO